



JAPÓN.—SHIKOKU.—Jóvenes esposos católicos, sus padres y hermana, y los celosos Misioneros que á fuerza de trabajo van regenerando la familia en el rico imperio del Sol naciente.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Fr. José M.^a Alvarez, O. P. (Véase pág. 104).

CARTAS DE MISIONEROS

CHINA

La Revolución en el Shensi Septentrional

En el decurso de los graves sucesos que han acompañado la implantación de la República china, hemos experimentado serios temores acerca de la suerte que podía haber cabido á los Misioneros del Shensi Septentrional, provincia extrema de China, en la que el odio al europeo es más vivo y más cruel al fanatismo anticristiano. Con ansia buscábamos noticias en la prensa francesa é inglesa que en la gran República se publica, pero nada ó casi nada nos decían de los desórdenes que turbarán el Shensi. Escribimos en demanda de noticias á nuestro buen amigo y benemérito colaborador el Rdo. P. Fr. José M.^a de Iruarrizaga, O. F. M., y el haber transcurrido tiempo más que suficiente para recibir contestación y continuar sin ella, aumentaba nuestros temores, cuando el 8 del corriente recibimos ¡gracias sean dadas á Dios! la siguiente consoladora postal:

Estimado señor Director: Por milagro, gracias infinitas á Dios, y después de angustias inenarrables aún continuamos con vida. Como los correos han estado interceptados, imposible escribir. No olvido á *Misiones Católicas*, pero aún no es prudente escribir largo y tendido, seguramente no llegaría la carta á sus manos. Tenga paciencia que, con la gracia de Dios, todo se andará. Materia no falta para uno que tuviera pluma fácil y galana; á mí esto me será imposible, pero algo saldrá, Dios mediante.

Año XIX. Núm. 389

Y dos días después, la carta que á continuación publicamos, en la que se respira la alegría del que escapó del peligro y el heroísmo del buen cristiano que está pronto á derramar su sangre en defensa de la fe. Ayúdenos nuestros lectores á dar gracias á Dios por haber salvado la vida de estos celosos operarios que trabajan en la extensión de su reino, y á pedirle sea en bien de la libertad religiosa el triunfo de los republicanos chinos. Dice así la carta del R. P. Iruarrizaga:

Señor Director de LAS MISIONES CATÓLICAS.

Muy natural es su deseo de saber algo acerca de la revolución china, que tanto ha llamado y está llamando la atención del mundo entero. Su amable carta postal del 23 de Diciembre del año pasado en la cual me manifestaba ese deseo, acabo de recibirla con sentimientos de verdadero agradecimiento. A juzgar por lo que ha tardado llegar en mis manos, diríase que dicha carta ha estado escondida en alguna cueva como muchos de nuestros sacerdotes y cristianos, temiendo al enemigo. Me veo obligado á decirle *a priori* que ni mucho ni poco puedo contarle de las cosas que han ocurrido en las demás provincias chinas, porque durante estos meses de revolución hemos vivido en completo aislamiento, sin correos ni medio alguno de comunicación. Me limitaré, pues, á decirle á vuela pluma algo, muy poco, de lo que ha pasado en esta provincia del Shensi.

20 de Mayo de 1912

El 22 de Octubre, domingo, amanecía un día espléndido. A media mañana ya el sol lucía sus mejores galas; pero á eso de las diez y media, parecía como que quería privarnos de su hermosa luz, iba obscureciéndose visiblemente; la culpa la tenía el astro de la noche, que se interponía entre el astro rey y el planeta que habitamos los mortales. Mientras los habitantes de este cristiano villorrio nos divertíamos contemplando el eclipse por medio de cristales ahumados, los paganos se entretenían en disparar cañonazos, tiros de fusil y cohetes, pretendiendo dar muerte á un fenomenal cerdo que, según las ideas supersticiosas en que están imbuídos estos infelices, creen que en tales ocasiones quiere apoderarse y tragar de un bocado á la luna, que es uno de sus dioses predilectos. A mediodía el sol se volvía esplendoroso, brillante y fúlgido, como si nada hubiera pasado, así que los paganos podían entregarse á la alegría y al jolgorio celebrando el triunfo obtenido del feroz animal enemigo de sus dioses; los cristianos consagrábamos al Señor este día como domingo que era.

Así pasó para nosotros tranquilo y sin novedad alguna el día 22 de Octubre de 1911 y, sin embargo, era un día memorable para la historia patria. En efecto, el siguiente día, lunes, nos llegaban de Sianfu, capital de la provincia del Shensi, aterradoras noticias; decíase que toda la guarnición militar de la capital se había levantado como un solo hombre al grito de *Sin hán mie ki, ¡vivan los chinos, mueran los tártaros!*, decíase que el tribunal del gobernador y varios otros tribunales ardían que daba miedo al verlo; que el Gobernador interino y algunos mandarines tártaros habían sido declarados prisioneros y encerrados en oscuros calabozos, que en la ciudad se oía incesante tiroteo...

La noticia corrió como el rayo por esta residencia y vecinas cristiandades. Pensamos en la suerte que podía caber á nuestros compañeros de apostolado y queridos hermanos que accidentalmente se encontraban en Sianfu. Cabalmente un par de días antes se habían trasladado á la capital los Ilmos. y Rdmos. D. Fr. Gabriel Maurice y D. Fr. Celestino Ibáñez, Vicarios Apostólicos del Shensi central y septentrional respectivamente, y allí estaban también dos Padres españoles, uno inglés, otro francés y tres sacerdotes chinos. A media tarde llegaba un propio enviado por nuestro Reverendísimo Vicario Apostólico que confirmaba cuanto hasta entonces se nos había dicho, y ordenaba severa vigilancia en la residencia, por si el movimiento revolucionario repercutía al exterior. A la noche, desde lo alto del muro que rodea á esta residencia y villorrio, se notaban hacia Sianfu grandes llamas que con sus lenguas de fuego subían hacia los cielos... el miedo comienza á apoderarse de todos y pasamos una noche toledana. La mañana del martes no recibimos noticia alguna, y nos ocupamos en tomar precauciones para lo que pudiera suceder y era muy de temer. A mediodía venía un catequista de una de las Misiones próximas, contando que un pagano amigo suyo acababa de llegar de Sianfu y refería que él mismo había visto el incendio de las dos iglesias católicas y además dos europeos que yacían muertos á las puertas de la residencia principal. Añadía que nos preparásemos á toda eventualidad, pues dos ó tres mil hombres pasaban hoy el río *Wei-ho* con

el fin de saquear la residencia de Tung-yuan-fang. Comprenderán mis amigos de *Las Misiones Católicas*, el estado de nuestro ánimo con tan tristes nuevas y augurios; había que prepararse á morir. Reuní en la capilla del Seminario á mis alumnos y exhortéles á manifestarse intrépidos ante el peligro que nos amenazaba, y recordándoles el ejemplo de heroico valor dado el año 1900 por los seminaristas del Shansi, les animé á ofrecer generosos sus vidas por Jesucristo, si eran éstos los designios de la Divina Providencia... Es necesario decirlo muy claro; á parte de la emoción inevitable en tales circunstancias, me fué dado comprender que estos jóvenes estaban dispuestos á dar al mundo entero admirable ejemplo de su fe cristiana: «Por de pronto confesémonos, decían, y luego... venga lo que viniere y hágase la voluntad de Dios.» El P. Francisco Ormazabal hizo lo mismo con sus colegiales, mientras el P. Francisco Aristegui se ocupaba en poner á salvo documentos y objetos que era necesario conservar.

Por lo demás, no ignoran los lectores de *Las Misiones Católicas* que en esta cristiandad hay un mundo de mujeres: Comunidad de Monjas franciscanas Misioneras de María, Comunidad de vírgenes chinas, niñas de la Santa Infancia no menos de trescientas; los actos de vandalismo y grosería que pudieran cometer los salvajes con estas pobres serían incalculables y... no podíamos permitirlos. Verdad es, decíamos, que *non est custodienda Ecclesia more castrorum*, pero queríamos evitar en lo posible tales escenas, ó por lo menos el ser testigos de ellas; era, pues, necesario que los vándalos, para satisfacer sus groseros instintos, pasaran por encima de los cadáveres de un hijo de la viril Navarra, de otro de la hermosa Guipúzcoa y de otro de la industrial Vizcaya, que dice un canto vascongado; es decir, determinamos defendernos, en cuya obra los seminaristas y colegiales nos ayudarían armados, quien de fusiles, quien de sable, quien de lanzas, horcas ú otros instrumentos. A todo esto, las negras sombras de la noche cubrían la tierra, sombras que nos parecían mucho más negras y oscuras que de ordinario.

Nadie se escapó de creer que aquella noche sería para cada cual la última y que el amanecer del día siguiente sería el dulce amanecer de la Jerusalén celestial. Dígalo sino el P. Ormazabal, que á cuantos catecúmenos contaba entre sus alumnos, los bautizó sin más ceremonias, según creo, que un jarro de agua fresca y decir «Yo te bautizo, etc.» y dígalo éste y aquél y el otro y el de más allá, si aquella noche no se confesaron y dijeron con mucho dolor el *mea culpa*. La noche fué de horrible espectación; no hay que decir si pudimos descansar, corríamos sin norte fijo por los ámbitos de la residencia y á lo largo del muro, desde donde, ojos alerta por si se veían venir los *valientes* que quisieran poner á prueba el heroísmo de nuestro brazo guerrero y el heroísmo sobre todo de nuestra fe cristiana. Y nada, pasaba una hora y otra hora, y al fin, aunque fué larga, muy larga, pasó también la noche y llegaba para nosotros la mañana del miércoles. A la mañana, al vernos y saludarnos, era la única, obligada exclamación que nos ocurría: «Por la misericordia de Dios aún vivimos.» Terminadas las Misas, buscamos un cristiano que con peligro de su vida quisiera hacernos

el servicio de ir hasta Sianfu en busca de noticias ciertas, á saber si los nuestros vivían aún ó habían muerto. A eso de las ocho salía un buen hombre con cartas para el Reverendísimo Vicario Apostólico. Durante el resto de la mañana se nos vino confirmando por varios conductos la noticia de la quema de las iglesias y asesinato de los Obispos y sacerdotes, con la agravante de que se especificaba bien claramente el carácter episcopal de dos de los muertos, la avanzada edad de uno de los sacerdotes, y la nacionalidad de los demás, incluso la de los tres chinos. Eran las seis ó siete de la tarde, cuando desde medio camino se volvía el cristiano que enviábamos por la mañana. «Es imposible, decía, y además inútil proseguir el viaje, pues al llegar al río varias personas que lo han visto, me han contado que efectivamente las iglesias ya no existen, como no existen tampoco desgraciadamente los señores Obispos y misioneros; es más, algunas de las monjas de Sianfu, Franciscanas Misioneras encargadas del hospital católico, han sido arrastradas por las calles y finalmente asesinadas en lo alto de las murallas en medio de inmensa muchedumbre y entre indescriptibles tormentos...» ¡Dios mío! ¡Qué situación, qué triste perspectiva para la causa de la Religión en el Shensi!

Para la noche se estableció ordenada vigilancia sobre los muros, en los que además de los obligados centinelas, era continuo el ir y venir de un mundo de gente, que no pudiendo dormir con tranquilidad, quería husmear al enemigo. Pero pasó la noche sin que nadie se resolviera á molestarlos. El día siguiente, jueves, enviábamos varios correos al mandarín de la villa próxima, preguntando lo que hubiera de cierto de cuanto se refería del curso de los acontecimientos que se desarrollaban en la capital. Parece que dicha autoridad se encontraba tan ayuna de noticias como nosotros, pues contesta que continuamente está enviando emisarios, los cuales vuelven diciendo que las cuatro puertas de Sianfu se encuentran cerradas, y que es imposible saber nada con absoluta certeza. Lo que no cabe dudar es, añadía, que algunos europeos han sido asesinados, pero parece que son protestantes, y no cree en los rumores de la muerte de los Obispos y sacerdotes, no precisamente porque crea ser imposible que pretendan asesinar á los europeos, sino porque hoy por hoy es difícil y hasta imposible saber lo que ocurre dentro de la ciudad de Sianfu. Por lo demás, todo este día pensamos en los nuestros y esperábamos alguna misiva de ellos; ¡vana esperanza! ¡Aun había que pasar otra noche de penas y de angustia inenarrable! En el entretanto se oraba mucho ante el Santísimo Sacramento. Sabíamos que en el cielo había una Providencia que todo lo ordena según su beneplácito, y rige y gobierna el curso de los acontecimientos; sabíamos que á esa Providencia podía interesarla á nuestro favor con súplicas salidas del corazón, con penitencias que sirvan como de imán poderosísimo á la acción de la misericordia divina, y al cielo acudíamos en demanda de auxilio con la ciega confianza de quien está seguro de que sus plegarias no se pierden en el vacío. Se ordenaron coros de cristianos y de la Santa Infancia que ante Jesús Sacramentado, que permanecía expuesto todo el día, rezaran el santo Rosario de la mañana á la noche... En fin, pasó

también aquella noche y llegó la mañana del viernes. Como siempre al vernos tempranito nuestro saludo era: «¡Buenos días, Padre! ¡Buenos días! ¡Aun vivimos! ¿Si habrá hoy alguna nueva de Sianfu?

Y en efecto; este día hubo noticias de la capital. Cabalmente me encontraba yo sobre el muro, cabizbajo y pensativo; no sé lo que meditaba en aquel entonces, tal vez pensaba en la muerte que tan próxima la veía, cuando allá á lo lejos veo venir corriendo como el rayo y dando gritos estentóreos un jinete; como petrificado quedé al verlo, luego una como corriente eléctrica agita todo mi sér: ¿quién sería aquel jinete? infaliblemente viene á la residencia; ¿será de buen augurio, será el precursor de tristes aventuras? A unos cristianos que por allí había, mandé corriesen á cerrar la puerta del muro por lo que pudiera suceder y en el entretanto ojo alerta. Aun no le había conocido, debido á mi débil vista, cuando oí que advirtiéndolo él mi presencia me gritaba: «*Ego sum, ego sum.—Quid novi, P. Kao?* le pregunté al reconocerlo, *quid novi?—Omnes bene et salvi, nihil est timendum.*—Todos salvos en Sianfu, nada hay que temer. ¡Dios mío! ¡lo que yo corrí para ser el primero en llevar la buena nueva á los demás Padres! Y creo que nervioso como nunca, rompí la campanilla del convento de las Monjas, pues el minuto que tardaban en abrirme, y la premura que tenía por llevar el bienestar y la tranquilidad al corazón de las buenas Religiosas hacía que los momentos me parecieran horas enteras.

Es indescriptible el entusiasmo y el cariño con que fué recibido el P. Kao, sacerdote indígena, la satisfacción con que se leyó una larga carta de nuestro Reverendísimo Vicario Apostólico, y la atención con que se escuchaba la emocionante narración de los sucesos que dicho sacerdote, testigo de todo, hacía ante multitud de cristianos que se agolpan en torno suyo.

¡Bendito sea Dios nuestro Señor! ¡Bendita sea la Santísima Virgen María que tan visiblemente viene protegiéndonos desde el principio de la revolución!... Luego, el asunto de la quema de nuestras iglesias de Sianfu, y el asesinato del Ilmo. Sr. Maurice, del Ilmo. Sr. Ibáñez, del P. Osinalde, del P. Roig, etc., y el horrible martirio de las Franciscanas Misioneras de María, todo era falso, gracias á Dios, absolutamente falso. Pero, ¿cuál sería el motivo por el que los paganos se empeñaban en esparcir tales fatídicos rumores? ¿Cuáles las consecuencias? ¡Ah! apreciable señor Director, ahí están á la vista de todo el mundo una treintena de iglesias quemadas, de las que sólo quedan ruínas y desolación; por ahí corren centenares de familias cristianas, sin hogar, sin morada, porque todo lo suyo ha sido robado, saqueado y destruido; allí están en lo alto de la Jerusalén celestial centenares de nuestros cristianos ostentando la palma del martirio, símbolo de la intrepidez y heroísmo con que han sabido confesar ante sus verdugos la fe que recibieron en el santo Bautismo. Pero no adelantemos hechos, vamos poco á poco, con la gracia del Señor.

Hasta aquí he llegado, estimados lectores, después de haber disfrutado por algunos días de una paz octaviana; corren rumores de que las cosas se van poniendo mal, de mal cariz, que no tardará en turbarse el orden

que ya comenzaba á vislumbrarse. No sea que otra vez nos veamos privados de toda comunicación, me apresuro á enviarle esta carta, prometiéndole continuar en cuanto me sea posible.

Rueguen por su afectísimo y humilde capellán,

FR. JOSÉ M.^a DE IRUARRIZAGA, O. F. M.
Misionero Apostólico en el Shensi.

Abril de 1912.

DECLARACIÓN Y RETRACTACIÓN del Ilmo. Sr. Cirilo Macario, antiguo Patriarca Alejandrino de los coptos

El último número de *Acta Apostolicae Sedis* contiene la retractación del Ilmo. Sr. Macario, antiguo patriarca copto-católico.

El Ilmo. Sr. Cirilo Macario había sido ascendido por León XIII al trono patriarcal cuando este Pontífice fundó el patriarcado copto-católico de Alejandría. El nuevo Patriarca fué débil y llegó á adherirse públicamente á la Iglesia griega-cismática de Alejandría. Con fecha reciente llegó á Roma para hacer pública y solemne acto de retractación, cuya fórmula, insertada en el *Boletín Oficial* del Vaticano, es la siguiente:

Yo, el abajo firmado Cirilo Macario, patriarca dimisionario de los coptos-católicos, venido espontáneamente á Roma para atestiguar á la Santa Sede mi firme resolución de vivir y morir en la fe católica bajo la obediencia del Pontífice Romano, declaro, libre y sinceramente, lo que sigue:

Expreso mi mayor arrepentimiento por haber hecho, en días de tentación, de desaliento y de perturbación moral profunda, adhesión pública á la Iglesia griega-cismática de Alejandría en Egipto, agradeciendo á Dios de no haber participado de los actos religiosos de dicha Iglesia. Retracto todos mis pasos dados á dicho efecto, los condeno y los deploro de todo mi corazón, estoy presto á aceptar todas las penitencias y reparaciones que S. S. el Papa juzgue necesarias, y á vivir de aquí en adelante retirado, ocupado en los ejercicios de piedad y á los estudios que me son queridos. También retracto, condeno y deploro de todo mi corazón, todo lo que durante mi aberración haya podido decir, hacer ó escribir en cismático, y pido humildemente perdón de los escándalos dados con mi deserción á los fieles. Renuevo, en fin, mis solemnes promesas de obediencia á la Santa Sede apostólica, y mi plena y sincera adhesión á las doctrinas y enseñanzas de la Santa Iglesia católica Romana, sobre todo en lo concerniente á la primacía absoluta de derecho divino del Pontífice romano sobre la Iglesia en general, y sobre todo rito y todo fiel en particular.

† Kyrillos Macaire.

Roma, 9 de Marzo de 1912.

AFRICA ORIENTAL ALEMANA

La guerra turco-italiana y el Islam

El Obispo de Dar-es-Salaam en el Africa alemana oriental, ilustrísimo Sr. Spreiter, nos escribe:

PUBLICAN los periódicos de aquí, el hecho no ha sido desmentido, que un buque italiano llegó á Zanzíbar durante los primeros días de Diciembre de 1911 para

desembarcar su cargamento, pero negros y árabes, negáronse á trabajar para italianos, y el buque tuvo que volverse sin poder desembarcar nada.

En pocas horas, una colecta entre la población ha producido más de 60,000 marcos, y por lo que he podido indagar, esta cantidad ha sido puesta á disposición del Gobierno turco.

La guerra turco-italiana ha hecho nacer espontáneamente, como lo prueba este hecho, en el mundo islámico, una unión mucho más estrecha, de la que hasta hoy reinaba. Aquí, en Dar-es-Salaam, los mahometanos y las diversas sectas islamitas de la India parecen vivamente interesados en esta guerra. Todo el mundo desea á la nación que la ha provocado un castigo ejemplar. Si los turcos vencieran, sería el islamismo quien triunfaría con ellos, y entonces serían de temer tiempos difíciles por las Misiones de Africa y Asia y para todos los europeos. La obra de la evangelización, sería más difícil que no lo ha sido hasta ahora.

Si el Comité central secreto del Islam, cuya acción evidente ha podido hasta aquí distribuir á sus prosélitos especies sonantes, en el porvenir será un peligro aún mayor.

En mi Misión, y en los otros distritos ocurre lo mismo; la mayor parte de los *Jumila*, jefes de poblados, han abrazado el islamismo.

Solamente en las cercanías de las Misiones se encuentran algunos funcionarios subalternos cristianos. Ser mahometano equivale hoy á ser distinguido, educado, moderno. No es raro que los cristianos sean despreciados por los mahometanos como esclavos de los misioneros; relativamente es muy pequeño el número de cristianos que gozan de elevada posición social. Por lo cual nada es de extrañar que el islamismo haga enormes progresos.

Entre los mahometanos, todo negociante, todo creyente es un misionero.

El Islam no exige catecúmenos de tres ó cuatro años, ni escuela, ni iglesia, ni capilla, ni misioneros particulares. La circuncisión y algunas fórmulas de rezos árabes, ininteligibles para el pueblo, es suficientemente.

Si ahora la guerra tiene por efecto fortificar, hasta políticamente, la unión en el mundo musulmán, que ya á pesar de la falta de unidad, manifiesta gran fuerza expansiva, entonces el porvenir no nos ofrece una perspectiva muy agradable. Nosotros misioneros nos esforzaremos, como nos hemos esforzado siempre, en trabajar juntos para impedir una mayor expansión del Islam, y esperamos con confianza que nuestros compatriotas no nos olvidarán en este trabajo.

NOTICIAS VARIAS

Roma

Roma, 27 Abril de 1912.

Noticias de la Propaganda.—Su Santidad el Papa ha nombrado: 1.º Obispo de Kandy (Ceylán), al R. P. Bède Beekmeyer, nacido en Colombo, de los Benedictinos Silvestrinos; 2.º, Vicario Apostólico del Alto Nilo (Africa Central), al reverendo P. Juan Biermans, de la Sociedad de San José, de Mill-Hill (Inglaterra); 3.º Su Santidad ha dividido el Vica-

riato apostólico del Tchéli Septentrional ó Pekín, aumentando un nuevo vicariato, el de Tientsin, que comprende el distrito de este nombre. S. E. Pablo Dumond, lazarista, ha sido elegido vicario apostólico.

Tierra Santa

Qué sienten los católicos de la guerra contra Italia.—De una correspondencia que publica la *Revista Montserratina*, copiamos los siguientes párrafos:

«Que ¿por qué damos el óbolo y cooperamos conforme la medida de nuestros insignificantes haberes á engrosar las listas y suscripciones en favor de la guerra?—pues por la sencilla razón del amor á mi patria.—¿Que son turcos? ¿que son árabes? ¿que en su mayoría profesan la religión musulmana? No importa. Es mi patria, y el deber para con ella me obliga á respetarla, á amarla de todo corazón y á vengarla contra las injurias que se le inferen.

«Trataríase de una guerra religiosa, de una nueva cruzada para implantar otra vez en estas tierras regadas con la sangre del Redentor el reinado de la Cruz, y yo sería el primero en luchar contra el fanatismo musulmán; pero, como sabe muy bien V. R., no es una guerra santa, no es el deseo de conquistar nuevos reinos para la Iglesia (como vosotros los españoles al apoderaros de las Américas), ni tampoco cualquier motivo sobrenatural lo que ha impulsado á los italianos á apoderarse de lo que era nuestro, sino que ha sido indudablemente la codicia y el deseo de una especulación que les permita nivelar sus presupuestos, cuyas cantidades habrán quizás sido despilfarradas en combates contra el Papa y la Iglesia de Cristo. Se trata, pues, reverendo Padre, de una guerra puramente política y con miras temporales; y en tal caso no sólo ofrezco con gusto el bichlik y el medjidiyeh en beneficio de mi patria, sino que desearía poseer el mayor acorazado del mundo ó una escuadra entera de aeroplanos de guerra para hacer frente á los invasores.»

España en Africa

De un artículo sobre *Marruecos y la emigración*, que en el último número de *El Eco Franciscano* publica el Rdo. Padre Fr. M. Puga, O. F. M., copiamos los siguientes párrafos:

«Además de estos medios, encontramos otro muy provechoso encauzando la emigración hacia Marruecos, donde los Franciscanos españoles miran como á hijos muy queridos á todos los emigrados, velan por su moralidad, y con sus solemnes funciones religiosas y sólida enseñanza, conservan vivo el fuego de la fe, labran en cuanto de ellos depende su felicidad en esta vida y coronan de gloria á su nunca olvidada patria, España.

«Estudiada la emigración, considerada en sí misma, en sus causas y efectos, vistos los remedios oportunos para evitar los grandísimos males que de ella resultan, por no estar animada del orden y de miras patrióticas, conviene que sepan los lectores que mi criterio expuesto en los tres artículos anteriores, está en un todo conforme no sólo con el doctor Maestres, que tan sabios artículos publicó acerca de la cuestión de Marruecos, sino también con el criterio de los franceses, los cuales miran la influencia de España en el Norte de Marruecos, como un gran peligro para el comercio francés. A este propósito ved lo que dice un artículo publicado en la prensa francesa y reproducido en extracto por la española en estos términos:

«El redactor encargado de la política extranjera en el diario meridional francés *La Depeche*, pone en evidencia lo que llama «peligro español».

«Con este nombre, algo alarmante para los lectores franceses, califica la instalación de los españoles en el Norte de Marruecos. Teme con razón, que la emigración española, que hoy se dirige á la provincia de Orán, dé preferencia y se desvíe hacia Marruecos, y que contando los españoles con verdaderas colonias de nacionales y con mano de obra propia, acometan sobre los cuarenta mil kilómetros cuadrados que les corresponden, la construcción de vías férreas y caminos de toda clase, pasando por los desfiladeros del Rif hasta la región de Fez. Gran parte del comercio de Marruecos seguirá para Europa la ruta española.

«El comercio francés sufrirá, en opinión del articulista, un rudo golpe, pues los indígenas de la izquierda del Muluya preferirán á los españoles por Tetuán, Arcila y Larache; de esta rica comarca el comercio también se realizaría en provecho de éstos, y por último, si los españoles se lo proponen, conseguirán atraer gran parte de la corriente comercial de Fez hacia Melilla y Tetuán.

«Desde estos tres puntos de vista,—disminución de la mano de obra en el Oranés, disminución del comercio argelino marroquí y disminución del francomarroquí en el Atlántico y el Mediterráneo—termina el periodista francés—sufriremos pérdidas sensibles.»

«Ahora sólo toca á los españoles justificar sus augurios. Nosotros trabajaremos porque la profecía se cumpla.»

Por esta confesión de la prensa francesa, órgano de la opinión de la nación vecina, *nuestra amiga de siempre*, se ve donde está nuestro porvenir político y económico, y se demuestra una vez más con toda claridad y evidencia, que la política del Cardenal Cisneros, de los Reyes Católicos, de Donoso Cortés, del P. Lerchundi y de todos los verdaderos españoles que aman la Patria y trabajan por coronarla de gloria, es la que dirige y encamina nuestras tropas al Rif para aplastar la cabeza á la Media Luna, haciendo que en aquellos campos africanos ondee glorioso el pabellón español al lado de la cruz de Jesucristo.

Oremos por el triunfo de nuestras armas, oremos por la conversión de aquellos salvajes que yacen sentados en las tinieblas de la infidelidad, oremos por la extensión del reino de Cristo, para que reine en España y por España en Marruecos.—FR. M. PUGA.

Africa

Misiones de los Padres del Espíritu Santo. Misión de la Senegal.—Vicario Apostólico, Ilmo. Sr. Jalabert.

Dahar.—Comunidad del Sagrado Corazón, (1874) (1): 5 Padres, 1 Hermano, 12 Hermanas de San José de Cluny, y 10 Hermanas de la Inmaculada Concepción de Castres.—Católicos: 3,586

Bathurst.—Residencia de la Virgen María, (1848): 2 Misioneros europeos, 1 cura indígena, 1 Hospital con 4 Religiosas de San José: Escuelas: niños 287, niñas 142, 4 curatos.—Católicos: 2,500.

Joal.—Residencia de la Purificación de Nuestra Señora, (1849): 1 Padre, 3 Hermanas indígenas.—Católicos, 1,300.

Ngasobil.—Residencia de San José, (1850): 2 Padres, 1 cura indígena, 2 Hermanos, 11 Hermanas indígenas, 52 huérfanas, 41 huérfanas, 4 curatos.—Católicos: 399.

San Luis.—Residencia de San Luis, (1852): 4 Misioneros europeos, 15 Religiosas de San José de Cluny.—Católicos, 2,217.—Economato de las escalas del río Senegal y del ferrocarril.

(1) Fecha de la fundación.



JAPÓN.—SHIKOKU.—Novios japoneses católicos: la Religión cristiana dignifica á la mujer elevándola á la categoría de compañera del hombre. (Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Fr. José M.^a Alvarez, O. P. (Véase pág. 104).

Gorée.—Residencia de San Carlos, (1855): 2 Padres, 6 Religiosas de San José de Cluny.—Católicos: 1,072.

Rufisque.—Residencia de Santa Inés, (1874): 2 Misioneros europeos, 5 Religiosas de S. José de Cluny.—Católicos: 1,290.

Sedhiu.—Residencia de San Juan Evangelista, (1875): 1 Misionero europeo, 1 cura indígena.—Católicos, 150.

Carabane.—Residencia de San Pedro y San Pablo, (1878): 2 Padres, 1 Hermano, 3 Hermanas indígenas, 7 curatos.—Católicos: 955.

Fadoul.—Residencia de San Francisco Javier, (1875): 2 Misioneros europeos, 3 Hermanas indígenas.—Católicos: 1,413.

Poponguine.—Residencia de Nuestra Señora de la Redención, (1885): 2 Padres, 1 Hermano.—Católicos: 120.

Thiès.—Residencia de Sta. Ana, (1886): 4 Padres, 3 Hermanos, 20 seminaristas indígenas, 6 curatos.—Católicos, 1,638.

Zinguinchor (Casamance).—Residencia de San Antonio, (1888): 2 Misioneros europeos, 1 cura indígena, 3 Hermanas indígenas, 6 curatos.—Católicos: 1.230.

Cagnoben (Fogny).—Residencia de Nuestra Señora de Lourdes, (1909): 2 Padres.

Salikénié (Fuladugu).—Residencia de Nuestra Señora de las Victorias, (1911): 3 Padres, 1 Hermano.

Fundiugne (Sine-Saloum).—Residencia de San Agustín, (1911): 3 Misioneros europeos, 2 curatos.—Católicos: 570.

Siria

Transformación de Damasco.—La sangre de los mártires ha sido en todos los siglos cristianos semilla fecunda de frutos

de bendición en todos los órdenes de la vida humana. La Damasco de hoy no se parece en nada á la Damasco de hace cuarenta años. Aquí todo va cambiando velozmente, y lleva trazas de no parar en este movimiento innovatorio hasta que la capital de la Siria, depuesto totalmente su feroz fanatismo y sus injustas prevenciones contra el elemento europeo, se convierta en una hermosa y pacífica ciudad de carácter cosmopolita, al estilo del Cairo. ¿La causa de esta transformación? Las matanzas del año 1860; la sangre de más de 1,600 cristianos que regó y fertilizó para la civilización el hasta entonces estéril suelo damasceno. Dios Nuestro Señor no permite el mal físico si no es en razón de bien, aunque á veces ese bien no nos es dado conocerlo distinta y determinadamente. En el caso presente uno de los bienes que produjo aquel grande mal es evidente, palpable é inmenso. El fruto inmediato de aquel degüello de cristianos fué una intervención más intensa y extensa de las naciones europeas en Oriente, principalmente de la Francia, como protectora oficial de los cristianos. Esta intervención, con los nuevos derechos internacionales que introdujo, y las indemnizaciones consiguientes impuestas al turco, fueron el principio de las afortunadas innovaciones que transforman á Damasco. Hoy los cristianos, principalmente los católicos, abandonando su secular barrio se extienden por todos los puntos de la ciudad, y ocupan los mejores puestos de la parte nueva, y con su poderosa influencia y actividad prodigiosa van transformando radicalmente, así en lo moral como en lo material, aquel pueblo fanático y resistente.

Hasta hace pocos años, Damasco hallábase completamente aislada y sin otro trato que el de los numerosos musulmanes que por aquí pasan á la Meca. El año 1895, los franceses unieron Damasco con Beirut, mediante un ferrocarril de vía ancha. Más tarde empalmaron éste en Rayak con el de Alepo y el ramal de Trípoli. Luego construyeron el de Caifa á Damasco, el cual poco después de comenzado pasó á manos del Gobierno otomano, que lo prolonga hasta la Meca. Y finalmente, es muy probable que Damasco quede asimismo unida mediante un ramal con el grande ferrocarril que los alemanes están construyendo, muy á prisa y con sumo entusiasmo, desde Constantinopla hasta el Golfo Pérsico por en medio de la Mesopotamia. Los belgas, por su parte, han realizado una buena instalación de luz eléctrica, han construido el acueducto que surte de agua las innumerables fuentes con que han enriquecido todas las calles y rincones de la ciudad, y han tirado una extensa red de tranvías eléctricos, para complemento de la cual abrigan el proyecto de derribar uno de los lados de las calles principales de la parte vieja, que actualmente son muy estrechas. Las casas bancarias de reciente fundación, son asimismo sostenidas y dirigidas por los cristianos en compañía de algunos hebreos. De un griego católico es también la fábrica de objetos de arte oriental en madera, nácar y bronce, que da trabajo á más de 200 operarios. Puede decirse, por tanto, que los mahometanos se limitan, como en todas partes, al cultivo de las tierras, pues careciendo de toda idea de progreso, en general son absolutamente incapaces de evolucionar por sí mismos.

La circunstancia de haberse extendido los cristianos por los barrios llamados *Salahie* y *Midan*, el aumento de las colonias europeas y la aspiración del pueblo damasceno á una instrucción más copiosa y perfecta de la juventud hacían sentir vivamente la necesidad de un colegio de señoritas, erigido al estilo europeo. Así estaban las cosas cuando un modesto franciscano tuvo la feliz idea de presentar como el medio más apto para llenar ese grande vacío que lamentaba Damasco, el proyecto del llamar á las Misioneras Franciscas.

nas de María, conocidas en Europa con el simpático nombre de Blancas, alusivo al color de su hábito. La iniciativa y primeros trabajos del mencionado franciscano pasaron por varias vicisitudes, pero acogidos al fin con entusiasmo por personas de autoridad é influencia, en menos de un año han tenido felicísimo coronamiento.

Después de haber obtenido de Propaganda y del Delegado Apostólico de la Siria licencia en escrito para establecerse en Damasco y abrir en el sitio más céntrico y espléndido de la ciudad un gran colegio con iglesia pública, la Superiora con otras siete Religiosas hizo su ingreso el 25 de Julio próximo pasado. Las esperaban en la estación los Padres de Tierra Santa, el dragomán y genizaros del Consulado francés con otras caracterizadas personas. Al día siguiente visitaron oficialmente á las autoridades, comunidades religiosas y á todos los ritos orientales, siendo recibidas en todas partes con extraordinarias muestras de atención, afecto y regocijo. Entretanto se construyen el colegio y la iglesia, las Blancas residen en una casa alquilada y apta para poder abrirse en ella escuelas provisorias que les permitan comenzar desde el primer momento á realizar los benéficos designios que abrigan en pro de la juventud damascena. Seis de ellas son francesas, una española y belga la otra: ninguna sabe menos de tres lenguas, y entre todas pueden dar la enseñanza con insuperable competencia en francés, inglés, alemán, español é italiano, sirviéndose por el momento para el turco y árabe de jóvenes damascenas que han solicitado ya el ingreso en la misma. Damasco (1) está, pues, de enhorabuena, y considera la llegada y establecimiento de estas beneméritas é incomparables hijas de San Francisco como un acontecimiento extraordinario, como una página gloriosa en el curso del desarrollo de su civilización, como un suceso, en fin, del que es justo esperar los resultados más felices en provecho de sus habitantes.

Bolivia

Muerte de un apóstol.—Falleció en Sucre (Bolivia) el ilustrísimo Sr. D. Fr. Sebastián Pifferri. Había nacido en Castelmadrada, diócesis de Tivoli (Italia) el 4 de Noviembre de 1848. A los quince años de edad vistió el hábito franciscano, y, después de haber cursado en Roma con aprovechamiento los estudios filosóficos y teológicos, fué ordenado de sacerdote en 1871.

Deseoso de dedicarse á las tareas apostólicas pidió y obtuvo el permiso para pasar á las Misiones de Bolivia. Apenas llegó á Tarija se dedicó á estudiar la lengua española y en poco tiempo pudo consagrarse á la predicación. Regentó la cátedra de filosofía y más tarde pasó á las Misiones chiriguanas, donde hizo mucho bien á las almas, ya como Misionero, ya como Prefecto de aquellas Misiones.

En 1891 fué nombrado Comisario General de todas aquellas Misiones y Colegios, y en poco tiempo las visitó todas personalmente.

Para consuelo de su alma pasó en 1899 á las Misiones de Palestina donde residió hasta 1906, en que fué elegido Obispo Auxiliar del Arzobispo de la Plata en Bolivia, pero, al dirigirse allí, supo en Buenos Aires la muerte de dicho Arzobispo, á quien sucedió pocos meses después con aplauso universal.

(1) Damasco cuenta hoy con una población de 500,000 habitantes, divididos en la forma siguiente: cristianos católicos latinos, 1,000; melquitas, 20,000; sirianos, 2,000; maronitas, 2,000; armenios, 1,000; caldeos, 200. Cristianos cismáticos griegos, 18,000; armenios, 400; sirianos, 200. Los protestantes no bajan de 600, y los hebreos ascienden á 20,000. El resto es de musulmanes con algunos cientos de drusos.

No es posible decir hasta dónde llegó su celo de Pastor: basta indicar que fué el único Obispo que recorrió á caballo aquella dilatada Diócesis, deseoso de conocer personalmente las necesidades de sus ovejas. Sólo el temple de su espíritu apostólico y su salud robusta pudieron vencer tantos obstáculos como se le presentaron durante los pocos años de su arzobispado. Hace dos años que había ido á Roma para dar cuenta del estado de su diócesis á Su Santidad Pío X, el que, conocedor de los trabajos apostólicos del insigne Arzobispo Franciscano, se dignó agregarle á los Asistentes á su trono; recompensa justa y digna de tan amoroso padre.—(R. I. P.).

Nueva Nursia (Australia)

Progreso de la celebrada Misión benedictina.—El Colegio de Santa Gertrudis, destinada para niñas blancas y capaz para 120 plazas, ha quedado lleno desde el cuarto año de su apertura, de modo que será necesario ampliarlo. El nuevo de San Ildefonso para niños blancos está ya terminado y es capaz para 300 alumnos, esperando su inauguración para principios del próximo año. Hay además dos escuelas particulares para indígenas que tienen 21 niños la una y 36 niñas la otra.

El territorio de la Misión cuenta unos 4,000 católicos: de ellos unos 500 son aborígenes, unos 16 sacerdotes (religiosos y seculares), 20 religiosos legos, 14 religiosas, 7 catequistas, 15 estaciones católicas, 13 iglesias y capillas, y además diversas escuelas.

El Vicariato Apostólico de Kimberley, erigido en 1887, y puesto bajo el cuidado del Abad de Nueva Nursia en 1910, cuenta cerca de un millar de católicos, indígenas en su mayoría, 12 religiosos (Palotinos), 10 religiosas, 8 estaciones, 5 iglesias y capillas y 3 escuelas.

Australia Occidental

Las Hermanas de San Juan de Dios.—Gracias al socorro de los buenos, pudo establecerse en Australia hace tres años, una Comunidad de Hermanas de San Juan de Dios (Instituto de origen irlandés que, teniendo por fin principal la asistencia á los enfermos del cuerpo, dedícase también á la enseñanza y educación de la niñez, como medio eficaz para prevenir las enfermedades espirituales del alma), y esta fundación llevöse á cabo en las condiciones más ventajosas, esto es, proporcionando á las Hermanas casa propia. Las escuelas son dignas de especial mención por el bien inmenso que están haciendo en las almas. Tan notable ha sido el éxito obtenido, que actualmente son de igual manera preferidas á las públicas aun por los mismos protestantes, ya que sus hijos concurren á ellas en mucho mayor número que á las oficiales. Animados algunos particulares á la vista de un tan brillante resultado, pensaron en la erección de otro edificio para escuelas de mayor capacidad. La idea fué aceptada con el mayor entusiasmo, comprometiéndose todos los allí reunidos á costear el nuevo edificio, cuya construcción requiere algunos miles de duros.

Otra muy señalada obra acaban de realizar en bien del prójimo las mencionadas Religiosas. La colonia japonesa allí residente fundó á sus expensas un hospital en beneficio exclusivamente propio y de sus compatriotas. Terminado el bonito edificio, encontráronse con que no podían utilizarlo por exigir la ley que estén los enfermos bajo el cuidado de enfermeras oficiales, ó sea con aprobación y título para ejercer este cargo. Este era precisamente el obstáculo que los japoneses no podían superar. Así estaban las cosas cuando las Hermanas de San Juan de Dios, con ocasión de la Santa

Visita, enteraron al ilustrísimo señor Obispo de cuanto ocurría sobre el particular, y habiendo obtenido la plena aprobación y consentimiento de S. S. Ilustrísima, ofreciéronse ellas á tomar á su cargo el cuidado de los enfermos y la dirección del mencionado hospital. Con cuanto júbilo aceptó

la colonia japonesa esta oferta de las Hermanas, es por demás decirlo aquí, pues es cosa que fácilmente se comprende. ¡Quiera el cielo insinuarse por medio de las Religiosas en el corazón de estos infieles y hacerlos dóciles á las inspiraciones de la gracia!

JAPÓN

EL MATRIMONIO Y SUS CEREMONIAS.—CÓMO SE CASAN Y SE DESCASAN LOS JAPONESES

(Continuación)



El japonés que en algo se estime, «adquirirá la mujer» que, como indican estas palabras para significar el matrimonio, es una especie de cosa que pasa á la propiedad del marido, para ocupar un lugar, desde cualquier punto que se considere, bastante inferior á él. Por esta razón la ceremonia de la boda se hará infaliblemente en casa «del que adquiere la mujer,» adonde será llevada la muchacha con corto honor, ¿para ser esposa? ¿para ser esclava? lo primero parece mucho, lo segundo, aunque más apropiado á la verdad, suena mal; y así diremos, que para ser un honorable instrumento, consciente, pero sin voluntad propia, y nuera de su suegra. Terrible es el aprendizaje de estos pobres seres en China y el Japón, y nada extraño que salgan maestros y sin entrañas para hacer lo mismo cuando les llegue la ocasión.

Los meses de Noviembre y Diciembre, como los más cercanos al año nuevo, son los escogidos; y durante estos días se verifican la casi totalidad de los matrimonios anuales en Japón. Señalado el día para la ceremonia de la boda, no sin consultar previamente el almanaque japonés, que señala días prósperos ó desgraciados para casarse, lo mismo que para llevar á efecto otras empresas; ó el adivina fortunas, que abundan en Japón con bufete público, y según dicen con numerosa y escogida clientela; las cosas que como dote podríamos decir lleva la novia de su casa, se envían por delante durante el día; ya que debe apuntarse como costumbre curiosa y japonesa, que la conducción de la muchacha y ceremonia de la boda, con el convite que á esto sigue, siempre se hace durante la noche. Regularmente, una larga caja sin pintar, que parece un grande ataúd, donde van los edredones ó colchonetes, que sirven de cama á los japoneses; dos ó tres cómodas con las ropas y alhajas, son casi de necesidad; á lo que se añade alguna otra cosa, según la importancia de la familia. Estas cosas son llevadas sobre palos largos por los cargadores, que llevan ceñida á la cabeza una especie de toalla blanca, que han recibido de regalo; corriendo á trote y tarareando ciertas palabras por todos conocidas, van llamando la atención de las gentes por los lugares donde pasan, y no deja de ser espectáculo interesante y curioso para el que por primera vez lo presencia. La no-

via, que habrá gastado gran parte del día en aderezarse, viste tres Kimonos (vestidos japoneses): el primero es blanco, sobre éste otro encarnado de seda, y el tercero del color que quiera, menos el morado, y en él figuran cinco redondelitos de esos que todo japonés usa en el traje de etiqueta, y que tanto llaman la atención de los europeos que no entienden. Esos redondelitos, con las figuras del crisantemo, las paulonias imperiales, tres hojas de encina ó de otras muchísimas variedades, llamados *mon* por los japoneses, son los blasones ó escudos heráldicos de las antiguas familias nobles del Japón; y en el *hadi*, prenda indispensable á toda persona decente, figuran siempre alguno de esos blasones: si no los tiene propios, tomándolos del lugar de su origen, ó de donde quieran, con la sola diferencia de que, en el vestido ordinario, hay tres solamente, uno en medio de la espalda, y otro hacia el medio de cada brazo; mientras que en el vestido nupcial de ambos esposos figuran dos más, colocados á uno y otro lado del pecho. El cabello se lo arreglan de un modo fantástico llamado *shimada*, con algún adorno especial del caso para cubrir la cabeza.

Los padres y los convidados se dirigen alguna hora antes á casa del novio, con objeto de salir á recibir á la desposada; y ésta, una vez anochecido, sale elegantemente vestida de su casa y monta en un *jinrikisha*, cochecito tirado por un hombre, que hoy existen en todas las partes del Japón.

Las medianeras, de que hemos hecho mención, van delante en sus cochecitos, luego la novia, y detrás, más ó menos coches, según el rumbo de la boda. Van silenciosamente, y aún á trueque de rodear lo que sea necesario, procuran pasar antes de llegar á la casa del marido por alguna calle que tenga nombre significativo de felicidad; por ejemplo, *Furocho*, calle de la perenne juventud; *Shintomicho*, calle de la nueva salud, etc. De la casa del novio, los convidados, y nótase que solamente los hombres, vestidos de ceremonia, y cada uno con su farolillo japonés, de esos tan conocidos, salen á la calle á recibirla, y así la acompañan hasta la casa, que también estará dentro y fuera iluminada con farolillos, en honor de la fiesta.

Un momento después de partir la novia de casa de sus padres, alguno de la familia toma una escoba y empieza á barrer cuidadosamente toda la casa, echando fuera la broza. Que nada, ni rastros de la amada hija queden en casa; que todo desaparezca de su antigua morada y lo lleve consigo. Esto, que á primera vista

parece cruel y falta de amor paternal, el pueblo aleccionado por la experiencia le da un sentido contrario. Que la hija sea feliz en su nuevo estado y no tenga que volver á ocupar las mismas habitaciones por haber sido despedida de su marido. Aquí, donde el divorcio está á la orden del día, esta práctica, no por lo que tiene de vana y supersticiosa, sino por lo que tiene de significativa, es una precaución tomada á tiempo. En las bodas de cierto rango, una doncella, *machi-joro*, es la encargada de conducir á la desposada, en compañía de las dos medianeras, desde la puerta de la casa á la habitación preparada para hacer la ceremonia formal de la boda; así como el novio, que no había salido de casa, es conducido desde su habitación á la sala, por los dos hombres que hacen de medianeros del matrimonio.

En dicha sala, libre como todas las japonesas, de mesas, sillas y otros enseres, el esposo ocupa el lugar de preferencia, sentándose al modo japonés sobre los limpios *tatamis*, esterillas: la novia, á cierta distancia, ocupa el lugar de enfrente, y los medianeros se colocan á los lados según su sexo. Una niña, ó niño y niña, según la solemnidad, de 9 á 12 años, previamente aleccionados, se ponen á los lados para ejecutar la formal ceremonia, usando esos vestidos graciosos de brillante colorido, tan propios del pueblo japonés. Ninguno más se halla presente: los padres, parientes y convidados esperan en una habitación contigua el final de la ceremonia.

A un lado, sobre una bandeja especial de laca sobredorada, aparecen tres tacitas algo planas, también de laca y de color encarnado, superpuestas las unas á las otras, siendo la de arriba más pequeña, mayor la segunda, y más grande la tercera. Dos recipientes algo planos en forma de tetera de metal ó de plata, cada uno adornado con una mariposa de papel, macho y hembra, y que por eso se les conoce con el nombre de *me-chocho*, en los cuales está el sagrado licor *O sake*, vino sacado de arroz común del Japón, se encuentra también á la vista. La novia tiene cubierta la cabeza con un velo que termina en largos hilos de flequillo; hasta hace unos 20 años se cubría la cabeza con una especie de fieltro que le llegaba hasta los hombros y ocultaba la mitad de la cara. Los vestidos que ha traído de casa ordinariamente se los muda por otros propios de la ceremonia que se va á verificar, y después de ésta otra tercera muda; pero como esto supone muchos gastos, que no todos pueden hacer, se hace ú omite en parte.

Cada uno en su puesto respectivo y en el mayor silencio, á una señal del medianero, la niña, con esa pulcritud y gentil delicadeza con que los japoneses saben hacer las cosas más pequeñas, toma la bandeja, y con una grande inclinación de cabeza, arrodillados y sentados sobre los pies como todos están, la ofrece primero á la novia: ésta, acepta con otra grande inclinación de cabeza, y tomando la primera taza la presenta á la niña, que con nueva y profunda inclinación echa del recipiente en que está la mariposa hembra, *me chocho*, un poco de *sake*, no seguidamente, sino en tres veces ó golpes diferentes. Nueva inclinación, da gracias y apura todo el contenido, cediendo con otras tantas inclinaciones la tacita á la niña que le presenta la bandeja; y luego, esta misma bandeja con sus tacitas é iguales cere-



MARRUECOS.—TANGER.—Notable imagen de la Inmaculada Concepción, que se venera en la hermosa iglesia que los Padres Franciscanos españoles tienen en aquella importante ciudad marroquí.—La escultura es original del escultor catalán D. José María Ponsoda.

monias se ofrece al novio, con la sola diferencia de echar el *O sake* del recipiente que tiene por adorno la mariposa macho, *on-chocho*. La tacita superior usada por ambos esposos se pone en el fondo de las dos restantes, y la segunda taza es presentada del mismo modo y con las mismas inclinaciones y etiquetas á la novia y luego al novio. Esta segunda taza va á ocupar el fondo de las otras dos, y la tercera y última se presenta á la novia y novio con las mismas ceremonias que las anteriores.

Esto se llama en japonés *san san Kudo*, literalmente, *tres veces tres, nueve*, que es lo que representa el echar tres veces *O sake*, vino de arroz, en tres tazas diferentes, y ésta es hasta hoy la operación formal del matrimonio entre los japoneses, aunque no faltan algunos que han empezado últimamente á quebrantarla.

Terminada esta ceremonia, los padres y parientes, y no otros, entran en la habitación, y arrodillándose y sentándose al modo japonés, la niña les presenta la bandeja con una tacita, donde echará el vino de arroz empezando por los suegros de la casada, y no sin que ésta antes y después haga una profunda inclinación hasta tocar en el suelo con la frente, para rogarles acepten aquella copa de la felicidad que ella les ofrece, y una vez apurada, da las gracias por su fina atención. Los padres y parientes felicitan en este momento. Lue-

go el esposo sale á la sala donde esperan los convidados, sentados en ordenada fila, y saludando éste como lo exige la etiqueta japonesa, que es arrodillado poner las manos en el suelo quedando el cuerpo horizontal, como si quisieran andar en *cuatro patas*, según decía un conocido mío, con frase algo burda, pero no falta de exactitud, bajando la cabeza hasta tocar en el suelo darles gracias por la molestia en venir á su casa, aceptando la invitación, siendo correspondido por los convidados que le felicitan por su nuevo estado.

Pocos momentos después, la esposa, que ha estado mudándose los vestidos, se presenta también en la sala para dar las gracias y ser felicitada, terminando aquí lo que se puede llamar esencial en el matrimonio japonés, empezando el convite á las once ó doce de la noche, y prolongándose hasta las seis ó las siete de la mañana. El convidado japonés nunca se presenta con las manos vacías, y para el invitado á una boda, la costumbre exige que lleve, como para ayudar á los gastos de la casa, bien una cubeta de madera de una ó dos azumbres de capacidad, donde ordinariamente guarda el vino de arroz, por supuesto llena de este líquido; pero que para este caso está pintada de encarnado, y en la parte superior á cada uno de los lados tiene una tablita alta y algo encorvada y por eso la llaman *cubeta con cuernos*; ó bien, uno ó más peces, en particular, el llamado *tay*, *pagrus cardinales*, especie de besugo de color encarnado exteriormente, muy abundante en el Japón y el más apreciado de los japoneses por su carne blanca y no grasienta. En el convite japonés no figuran carne de ninguna especie, ya que ni es estimada y de ella se hace escaso consumo, ni cosa, se puede decir, por los europeos conocida. El *O sakana*, *nobles peces*, y hierbas marinas de muchas variedades, preparadas de un modo particular que, no estando acostumbrado, es imposible atreverse con ellas, es lo que constituye el pomposamente llamado *go chisó*, «honorable banquete.»

El europeo que acepta, aún después de estar algo acostumbrado, pasará unas horas de buena penitencia. No así los japoneses, que en ello gozan lo indecible; no hay duda que cada uno á lo suyo; y alguna verdad encierra aquello de que el hombre es animal de costum-

bre. Durante el convite, que es muy largo, y á medida que el *O sake* hace perder el encogimiento y enfervoriza á la gente, se canta por los aficionados, que los japoneses regularmente lo son todos, algunos cantares alusivos al acto, siendo las coplas con frecuencia bastante subidas de color para los oídos no acostumbrados, pero que para los japoneses pasa desapercibido por ser lo ordinario. El consumo del licor que se hace es increíble, y en las primeras horas de la mañana, con excepción de las mujeres y algún hombre que se abstienen de *sake*, podrían contarse las víctimas de este fermento del arroz por el número de convidados. En el convite de boda es indispensable un plato en el que figura la concha llamada *hamaguri* en japonés, y por los naturalistas, *Cytherea meretrix*, concha bivalva, que por tener los puntos de unión tan fuertemente adheridos que con dificultad se desprenden, se tiene en Japón como el símbolo del matrimonio y fuerte unión que debe existir entre los casados. En tiempo de los Daimios, ó sea, hasta hace unos cuarenta años, la esposa llevaba consigo dos tubos de laca de unos dos pies de largo y uno de ancho, conteniendo el primero 280 conchas de esta clase, machos; y el segundo, 360 hembras: esta costumbre ha caído en desuso y rara vez se observa.

A todos los convidados se les da por vía de postre en una cestita ó caja tres *mochi*, del grandor de un huevo, pasteles de arroz, muy usados en Japón, uno de los cuales está pintado de encarnado y los dos restantes blancos; sin que haya podido averiguarse el por qué misterioso de tres precisamente, número que muchas en esta y otras ocasiones juega importante papel. Los parientes y amigos, que en los días siguientes vengan á darles el parabién, recibirán con la clásica tacita de té, también tres *mochi*, y en igual número se repartirán á los vecinos en señal de congratulación; siendo, por lo tanto, los gastos de la boda, muy subidos, no sólo por las espensas necesarias para los casados, sino porque los convidados son muchos, y para cada uno, sin contar los *extra*, se hace un gasto, aun en los casos más modestos, de tres ó cuatro *yen* (ocho ó diez pesetas).

(Continuará).

FR. J. M. ALVAREZ, O. P.



EL RDO. P. JOAQUÍN JUANOLA

Quizás pudieran á alguien antojársele parciales ó hijos de la amistad, mejor dicho, del amor profundo que á todos los Misioneros tienen *Las Misiones Católicas*, los elogios que al meritísimo hijo del Vble. P. Claret, R. P. Joaquín Juanola, C. I. M., muerto cuando aún su edad y su celo tanto prometían á mayor gloria de Dios, quería dedicar y dedica de lo más íntimo de su corazón nuestro *Boletín* al Misionero que tanto ha hecho para conquistar para Dios las almas que pueblan la Guinea Española. Para que la suposición sea imposible, no seremos nosotros quienes escribamos el elogio del misionero muerto, sino que copiaremos los que le tributa nuestro compañero, que no es revista piadosa, sino de intereses materiales, *La Voz de Fernando Poo*. ¡Quiera el P. Juanola bendecir desde el cielo los trabajos de los que fueron sus hermanos de apostolado y quieran los buenos ca-

tólicos españoles no olvidarlos en sus oraciones y limosnas! Dice así *La Voz de Fernando Poo*:

«¡El P. Juanola ha muerto! El sentimiento más profundo se encuentra en esta frase que, más que de las bocas, sale de los corazones de todos los habitantes de Guinea, blancos y negros, que adoraban en el P. Juanola al paternal consejero de todos sus asuntos, el hermano cariñoso que siempre estuvo al lado de los heridos por la desgracia, prodigándoles su consuelo y asociándose en las penas que les afligían.

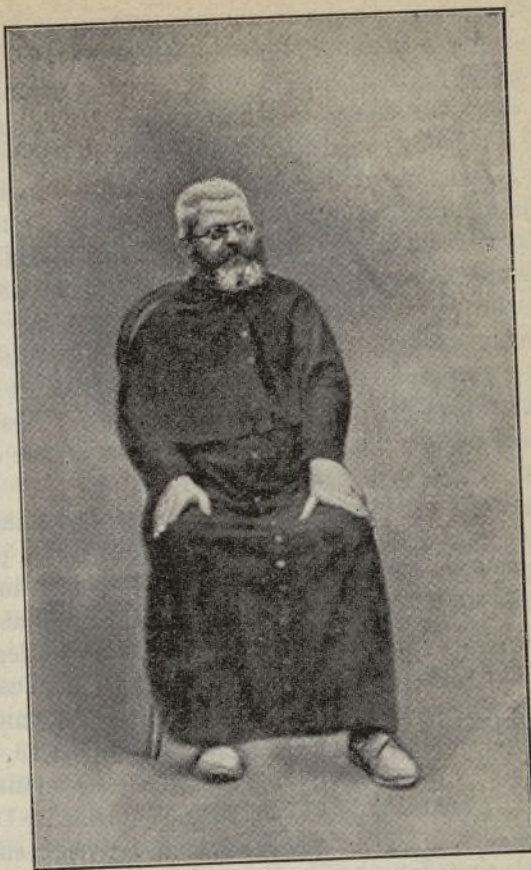
¡El P. Juanola ha muerto! nos repetimos nosotros como si dudáramos de la certidumbre de la fatal noticia, y con el dolor de quien pierde uno de los seres más queridos de su familia, pues para los que luchamos en Guinea y sufrimos en aquellas colonias los rudos embates de la vida fué siempre nuestro padre.

Rendir un tributo á su memoria fuera nuestro mayor deseo; pero nuestra pluma no se siente con poder suficiente para colocar á la altura merecida al prototipo de la caridad y sobre todo de amor á la Patria, y por ello hemos de limitarnos á apuntar algunos datos de su vida que ponen de relieve su hermosa alma de español y su bondadoso corazón de Misionero todo caridad y amor al prójimo.

Desde la fecha de su llegada á Fernando Poo, en el año 1886, no ha habido en aquella colonia obra de progreso en que no figurara entre sus organizadores el nombre venerado del respetable Misionero, de cuyo preclaro talento nacieron las mayores iniciativas, siendo el principal factor de todo aquello que contribuyera al desarrollo de la Colonia y al prestigio de la nación, hasta el extremo de llegar á ser indispensable su cooperación siempre altruista y desinteresada, constituyendo, por lo tanto, la principal figura en aquella colonia, dispuesto siempre á rendir tributo hasta de su vida por el bien de España.

Su labor como Misionero del Corazón de María está bien definida en el progreso de aquellas Misiones durante su permanencia y cuya parte principal corresponde al venerable difunto, que con su acertada dirección desde su puesto supo laborar en beneficio de la Religión y de la Patria.

Por eso nosotros al asociarnos con el alma entera al dolor que experimenta aquella colonia por la muerte de uno de sus primeros defensores, y al de la Reverenda Comunidad de los Hijos del Corazón de María, por la



GUINEA ESPAÑOLA. — EL RDO. P. JOAQUÍN JUANO-
LA, C. I. M.

pérdida de su hermano predilecto, dedicamos una oración á su memoria, repitiéndonos con dolor las palabras con que empezamos estas líneas, y en las que va condensado todo nuestro pesar: ¡El P. Juanola ha muerto!

E. S. M.

CHINA.—LA PERSECUCIÓN DE LOS BOXERS⁽¹⁾

Primero del día 9 de Julio.—Narración de un superviviente



En las notas de un superviviente, el heroico sacerdote indígena, perteneciente á la Primera Orden Franciscana, R. P. Antonio, se cuenta parte de la jornada de este glorioso día en los términos que van á ver los lectores de *Las Misiones Católicas*.— «Ayer, dice, vine á la Residencia y tuve larga conversación con el buen *Ly-fu*, custodio de la casa. Al saber el encarcelamiento de los señores Obispos, sacerdotes y Religiosas franciscanas, no he podido conciliar el sueño durante toda la noche. Levantéme de madrugada, he celebrado el santo sacrificio de la Misa en la silenciosa y solitaria capilla del orfanatrofio, y vestido en traje vulgar y aunque con temores de ser hecho prisionero, me decidí á hacer una visita á mis Prelados. Fué indescriptible

la alegría del venerable anciano Ilmo. Sr. Grassi al verme arrodillado en su presencia para besarle el anillo. ¡Bienvenido seas, P. Antonio! ¡Bienvenido seas!...» exclamaba el santo Obispo, inundados de lágrimas sus ojos. Hízome mil preguntas acerca del estado de los misioneros, de los cristianos, de los rumores que tal vez corrieran por la ciudad acerca de la suerte que á ellos pudiera caber. No quise ocultárselo, pensando que de hacerlo cometiera un grave crimen. «Desgraciadamente, le dije con toda sinceridad, cuanto se dice nada tiene de halagüeño; hay quien dice que hoy será el último día para los presos; hay quien dice que serán expulsados de la Provincia.» A esto el Ilmo. Grassi replicó:—«Sea lo que quiera, mi querido P. Antonio, *fiat voluntas Dei*.» Hasta la hora de las diez y media estuve con los señores Obispos y sacerdotes, cuando manifesté intenciones de despedirme, pero el P. Teodorico dirigiéndose al venerable anciano le dijo: «Invitemos

(1) Véase el número 386 de *Las Misiones Católicas*.

al P. Antonio á comer con nosotros, acaso sea la última vez que lo hagamos juntos en este mundo.»

Era el 9 de Julio, fiesta de los mártires Cormienses, entre los cuales se encontraba San Teodorico, razón por la que se quiso *celebrar* la fiesta onomástica del P. Procurador. Nadie que nos viese durante la comida hubiese pensado las circunstancias en que nos encontrábamos, en una cárcel, severamente custodiados, horas antes de la muerte. Todos felicitamos al P. Teodorico su onomástica fiesta. Recuerdo que yo le dije estas palabras: «Hoy es la fiesta de su santo Patrón, ¡quién sabe si el año próximo celebraremos la de V. Paternidad!—Tal vez, puede ser, me contestó el P. Teodorico sin inmutarse, que Dios me ayude en el duro trance.»

Después de la comida, el Ilmo. Sr. Grassi llamóme aparte y me dijo: «El P. Francisco no sé dónde pára; el P. Bernabé ha huído tal vez hacia el Shensi, te doy todas las facultades de las que podrás hacer uso en caso de necesidad. Como mi última carta no ha llegado y es peligrosísimo para tu vida que al salir de la cárcel encuentren cartas en tu poder, te encargo comuniques al P. Francisco que queda nombrado Provicario, y á Sacerdotes y cristianos que, obedeciendo esta mi última voluntad y testamento, reconozcan su autoridad.» Después de esto, puesto de rodillas, con lágrimas en los ojos, el corazón emocionadísimo, sin poder articular palabra, hube de besar con los sentimientos de la más profunda veneración aquel anillo y aquella mano que consideraba ya como la mano y el anillo de un mártir de Jesucristo. Al pasar por el cuchitril do moraban las heroicas Franciscanas Misioneras de María, observé que algunas se encontraban meditabundas. Les pregunté ¿qué era lo que les pasaba? Si estaban tristes.—«No es que estamos tristes, respondieron; es que esta inacción, esto de estar todo el día sin poder hacer nada, nos mata.—Animo, les contesté, no tardaréis en hacer grandes cosas por la Religión, por la fe de Jesucristo; no os acobardéis, Dios sobre todo.» Como ellas hablaban el italiano ó francés y yo de estas lenguas estoy *tantumquam tabula rasa*, y no convenía habláramos el chino, pues de hacerlo los guardas pudieran enterarse de nuestra conversación, me despedí en seguida de las buenas Religiosas con un *hasta luego*, que equivalía á *hasta el cielo*. Algunas quisieron darme cartas para Europa; comprendía yo que el aceptarlas era para mí sumamente peligroso; sin embargo, considerando que pudieran ser para miembros de sus familias, cartas de despedida hasta la eternidad, pude burlar la vigilancia de los custodios; acepté las cartas, pensando que ello era una santa temeridad digna de mérito. Dios nos favoreció en este acto de caridad, pues más tarde pude enviar al correo aquellas cartas sin novedad alguna. Y sin más, triste, cabizbajo, el corazón lleno de indecible amargura, presintiendo la muerte de padres y hermanos y amigos queridos, volví á la Residencia.

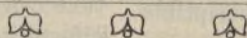
¡Pobre P. Antonio! ¡Este heroico sacerdote ya no

existe para este miserable mundo! Ocho años más tarde, desgraciadamente, perecía ahogado en el momento en que á las ocho de la noche del 1908, atravesaba el río Amarillo, no lejos de la ciudad de Tay-zuan-fu. Fué el primer Religioso que hizo la profesión religiosa en la Primera Orden de nuestro Padre San Francisco de Asís en el convento de Tum-Ol-Ku. Siempre ejemplar Religioso y celosísimo misionero, durante la persecución fué un verdadero héroe, despreciador de la vida, prestando grandísimos servicios á la Religión, y ofreciéndose en varias ocasiones al martirio, de cuya gracia Dios en sus altos designios quiso privarle.

Apenas el P. Antonio había salido de la cárcel cuando á eso de las tres de la tarde llegaba un mandarinillo en traje de ceremonia, cual si tratara de hacer una visita de cumplimiento á los presos. Después de las zalamerías acostumbradas, ingratas para los ilustres prisioneros, con hipócrita desenvoltura quiso ver uno por uno todos los encarcelados, para cerciorarse si alguno de ellos había logrado escaparse. Como viese, no sin asombro, que los jóvenes seminaristas, conversaban al parecer tranquilamente, llamóles y dijo: «¿Qué es lo que vosotros hacéis aquí? Huíd con presteza, pues tenéis libertad para ello.» Los estudiantes se negaron resueltamente á salir de la cárcel, temiendo que una vez fuera y alejados de sus maestros fuesen inducidos á la apostasía, así que varonilmente respondieron que no saldrían sino con sus maestros, cuya suerte de vida ó muerte querían seguir. Entonces el mandarin sacando de una cartera una carta (¡pobre carta, qué manoseada debía ya de estar!) y enseñándosela al señor Obispo dijo: «Ayer fué hallada una carta que vosotros escribisteis entregándosela á un cristiano; el Virrey tiene grandes sospechas acerca de su contenido, y ruego á un seminarista que me la interprete.» Llamó en efecto al joven Juan Uang, diciendo: «Lee é interpreta.» Como el seminarista no pudiese interpretar la carta ni apenas leerla, pues aún se encontraba estudiando los rudimentos de latinidad y humanidades, llamó á otro más adelantadito en los estudios, el cual, con perfecta serenidad, leyó é interpretó la carta que sólo contenía exhortaciones y disposiciones para sacerdotes y cristianos, acomodadas á las tristes actuales circunstancias. No satisfecho al parecer el mandarin, rogó al señor Obispo que dos de los seminaristas, con su director el P. Elías Facchini, le acompañasen al tribunal del Virrey, para que en presencia de aquél interpretasen la carta. En efecto, el P. Elías con los jóvenes Juan Uang y Francisco Ly, salieron de la cárcel bien custodiados, siendo conducidos al tribunal de *Iu sien*, donde se les encerró en una sala separada, y donde permanecieron hasta que llegó el momento... de su gloriosa muerte, que fué el mismo día.

FR. JOSÉ M.^a DE IRUARRIZAGA, O. F. M.

(Continuará).



(Continuación)

La gran rémora para la evangelización de este islote ha sido el tal cacique Enrique, que en fuerza de mis razones y constancia me dejaba seguir haciendo lo poco que podía; y en fuerza de su pertinaz gentilidad impedía hacer la casa y asentarme en el islote. Tres veces estuve á punto de hacer la casa, y tres veces se desdijeron los indios y me ocuparon el solar con otras casas. Finalmente, á fines de 1909 murió gentil Enrique, después de ser depuesto por sus mismos súbditos, justo castigo de Dios, y entró Sho, quien dió muestras de conversión. Por eso el día del Dulce Nombre de Jesús, 16 de Enero de 1910, recibió el nombre de Francisco Xavier, y se alistó como catecúmeno. Hacía días venía diciéndome que siendo él cacique, de él dependía hacer casa é iglesia. En tal fiesta, pues, le convidé á comer junto con el cacique Carlos y su ayudante José. En la mesa descubrió cómo hasta ahora iba á dos caras para dar gusto á Enrique, y porque temía que yo introduciría á *Huakue tupu*, pero por otra parte me ayudaba, porque veía ser bueno cuanto yo enseñaba. Carlos le dió gran carga, afeándole su corazón doble. Prometió Sho tener ya una sola palabra, y para mostrarlo «vamos, dijo, á empezar la casa, y quiero, Padre, que tú escojas el terreno.» No había qué elegir, pues sólo quedaba un pedazo de arrecife que batía mucho el mar del Norte, ó había que rellenar un pedazo de playa del Sur, colosal empresa para las actuales circunstancias. Vistas las dificultades dijo el indio Luis, tocándole Dios el

Llegué de Panamá el 25 de Septiembre de 1910, con un carpintero negro jamaicano protestante, por no encontrar católico, para empezar la casa iglesia, como se hizo el 27 de Septiembre. Vino también el P. González, porque los capitanes protestantes de los barcos que acá vienen, como buenos emisarios, les están con esta diaria canción á los indios: «Sois unos ciegos y por eso pobres, porque no aprendéis letras. (El protestante mientras no hay letra no da la Biblia, y las calumnias

no pueden entrar). Las letras dan de comer (no sabían ellos contestar: que según á quien), y las letras no dejan engañar. ¿Para qué queréis ese Padre? Menos rezar y más letras. Ese Padre no os ha de enseñar.—Sí nos enseña.—Os enseñará lo suyo, pero no lo de los otros. A vosotros os convienen Padres que tengan mujer, para que no os quiten las vuestras, y os enseñen de todo.» A tal punto llegaron las prédicas, que Sho dijo que quería sólo escuela y no iglesia. Tuve, pues, que traer un Padre que exclusivamente atendiera á la escuela, mientras yo atendía á la fábrica de la casa é iglesia. Al fin apeé al indio y á los demás de Narganá, que con más respeto decían lo mismo: total unos 8 ó 10 indios, pero cabezas, porque los demás reniegan de escuelas, de yankis y de cuanto diga otro modo de ser diverso de lo que ellos han usado. Al fin, todos se me sujetaron mejor que antes, apeándolos de aquellas ideas de los protestantes, que en nada pegan con el pobre indio, que no ha nacido para bellos ideales, porque han topado con quien conoce lo que son indios. ¡Ay de los pobres indios cuando, católicos, les patrocinen aquellas ideas para ellos! Serán víctimas, como lo han sido todos los demás en donde han entrado.

Se trabajó, pues, con ardor en la fábrica de la casa é iglesia, y en el calor de la obra dijeron los indios que en premio querían ver la estatua. Como aquí no hay cuartos donde guardar cosas, y en el cajón venían otras cosas, sólo pretendimos destapar el rostro. Cuando vieron la dulce mirada rodeada del envoltorio, se quedaron sobrecogidos. «¡Ay! gritaron, si está vivo,» pues nunca ellos habían visto un rostro de estatua. Hincados hicimos una consagración y rezamos un *Credo* y luego un *Padre nuestro* por el bienhechor. Esta fiesta, aunque sencilla, debió ser muy acepta al Sagrado Corazón, oyendo las voces de estos gentiles y catecúmenos. Luego cuando más tarde descubrimos la estatua, hallamos junto á la orla del vestido esta inscripción en lápiz: *S. Adriá de Lleida*, que deberá ser del artífice. Deseo conservar el nombre de tan buen acreedor á nuestro recuerdo. El 4 de Noviembre nos volvimos el carpintero, el Padre y yo á Panamá, dejando ya cerrada y techada casa é iglesia, si bien se acabó á primeros de Enero de 1911, y en 15 de Enero hicimos la prometida fiesta en la nueva cristiandad, exhibiendo el Sagrado Corazón, haciéndole el pueblo el besamanos, celebrando una Misa, lo más solemne que pudimos, y haciendo nueve bautizos de infantes, dos de ellos gemelos, hijos del cacique Francisco Sho. Por la tarde en la procesión, el Corazón de Jesús recorrió el pueblo para tomar posesión. Se dejó en la nueva iglesia todo lo necesario para Misa y bautizos, de los regalos traídos de Barcelona y Tarragona, si no es un hermoso cáliz que el señor Obispo de Panamá, P. Francisco Xavier Junguito, consagró.

Aunque ya quedó como establecido este pueblo, con todo hasta el 31 de Julio no se hizo la inauguración solemne de la iglesia, pues para ese día se le había de dar la vara de autoridad de cacique á Francisco Xavier Sho, nombrándole los ayudantes y demás empleados del pueblo. La procesión ese día fué en honor de San Ignacio.

Historia de la Parroquia de Santa Isabel. 1846-1911

Por los años de 1846 vino de Playachiquita, costa atlántica de Panamá, Doroteo Meneses, oriundo de Portobello, al río de Santa Isabel, en cuya desembocadura á la derecha del que mira al mar, encontró un campo llano, y le pareció apto para su casa, montería y pesca. Domicilióse aquí. Fué el solar de este nuevo pueblo, no donde hoy está en la playa, sino detrás del actual curato é iglesia. Vinieron á ayudarle á desmontar y sembrar sus dos hermanos Pedro Alcántara Molinar y Manuel José Molinar, si bien éstos no se domiciliaron aquí, hasta después del contrato con los indios karibes que diré.

El nombre de *Santa Isabel* parece que lo hubo del río desde el tiempo de la conquista de los españoles, pues Doroteo ya conoció ese nombre que lo trasladó al naciente caserío. Los indios llamaban á este río *Inguati*.

Y tenían ranchos sobre el litoral de la izquierda del río. Colindan sus aguas con el *Mandinga*, éste desagua en el golfo de San Blas, tierra de indios.

Los vecinos karibes darieles de la tribu de *Kardi* (*kala ti*, río de huesos, por la antigua matanza de españoles), ocupaban este territorio, como todo lo demás que va hasta río Indio, sito entre Nombre de Dios y sus Mogotes.

Apenas habrá pueblo más legítimamente fundado que Santa Isabel en esta costa, como que es fruto de caridad. En efecto, tres indios eran las cabezas de la tribu *Kardi*: José de la Rosa, que sabía castellano, era el cacique; un tal Matías, y un tal *Miché*, cruelísimo, que á todos se imponía por su ferocidad, quien nunca salía de *Kardi*. Viniendo bastantes indios de su viaje de Chagres y Portobello (entonces eran centros del comercio, no existía Colón), acogió Doroteo y alimentó á los hambrientos indios, puestos en trance de perecer, durante los ocho días que duró el temporal que los arrojó á aquella playa. (En esta costa, según datos, parece naufragaron también y quedaron desnudos, sin comida y comidos de los mosquitos, los jesuitas que en un balandro iban á la Extinción).

La caridad con que acogió Doroteo á los indios, hablándoles en su lengua, cambió aquellos feroces corazones. Fueron á su tierra, contaron la caridad del *huaka* Doroteo, y que á no ser por él hubieran perecido de hambre. Vino, pues, el cacique José, con unos 30 cayucos llenos de indios, á agradecer al *huaka* ó extranjero su caritativa hospitalidad y alimentación, y dijo José: «Hasta ahora nosotros no queríamos que ningún *huaka* se recentase en nuestros terrenos, y de ahí las continuas guerras. Por tu caritativa hospitalidad dejamos que tú y tu familia te avecindes aquí, y no te molestaremos en tus sembríos; sólo nos reservamos por este contrato el derecho de entrar por estos bosques para montar, fabricar cayucos y pescar en el río. En lo sucesivo lo demás todo es tuyo.» Ratificaron el contrato por ambas partes varias veces de que se ayudarían así.

Por eso aún hoy vienen acá los indios como á su casa, recordando ese hecho. Por estas venidas frecuentes de indios, entre otras razones, senté mis reales en este

caserio, como se verá, para convertirlo en Parroquia, que fuera modelo para los indios y escala para mi Misión de los gentiles.

Nombrado Párroco de Palenke D. Antonio Sanguillén, y ya habiendo regular caserio de los negros de Santa Isabel, empezó á visitar á sus moradores. Hilario Ceballos, que ha sido el sostén de la Religión en ese caserio, se presentó no con poco trabajo (entonces no había tren) al señor Obispo de Panamá y al Presidente, y consiguió permiso para edificar iglesia. El fué el alma de la obra material no menos que de la espiritual; á diario reunía la gente en su casa al Rosario y á su tiempo hacía con el pueblo el *Via Crucis*, y dirigía el rezo de la Doctrina, práctica tan española y antigua que convirtió á América y Filipinas. Fué, pues, nombrado el primer Alcalde. Al año siguiente fué nombrado Santa Isabel, Distrito. Estaba, pues, la iglesia en el mismo sitio donde está la de hoy, 1907-1911, si bien aquélla tiraba un poco más hacia el N. E. Dijo el señor Sanguillén la primera Misa el día de Santa Ana, por el año de 1872, á la ciudad de David, de Párroco; quedó Palenke sin Cura, y se encargó de toda la vastísima costa el anciano Sr. Genaro, quien solía una vez al año visitar nuestro caserio.

Por los años de 1875 vinieron por la costa de Misión los Padres Capuchinos Bernardino y Fernando, y misionaron en Santa Isabel quince días. Durante la rectoría en Portobello del Sr. Genaro, cayó la iglesia de Santa Isabel. Este señor dejó el curato de Portobello por los años de 1890; quedaron, pues, sin asistencia los del caserio, hasta que por el año 1898 vinieron de Misión por la costa, durante tres meses, los Agustinos venidos de Filipinas, PP. Hilario y Miguel. Conjuraron la plaga de la chinilla, que en seguida desapareció, hasta el año 1908 en que reapareció é hicimos lo mismo. Volvieron á quedar los isabelinos sin asistencia hasta el año de la revolución liberal de Colombia contra los católicos, en el Pontificado del Sr. Junguito, pues en 1899 fué la muerte del Ilmo. Peralta. En aquel año 1901 el Pbro. Arrue visitó á Santa Isabel, prometiendo volver como cura de Portobello, pero apresado por los liberales y logrando escapar, se fué á Panamá. Quedó toda la costa sin sacerdote hasta que año y medio después de la Revolución vino al hoy *San Pedro de Culebra*, el Pbro. Miguel Delgado, que se decía misionero. Hizo mucho bien, esparció la devoción al agua de San Ignacio, levantó una capilla pajiza en San Pedro, á donde acudían los isabelinos. Ido á poco D. Miguel, quedaron de nuevo huérfanos estos pueblos, hasta que en 1904 el P. Capuchino Fr. Froilán de Ríonegro, con el venerable lego Fr. Pedro, perseguidos por Castro de Venezuela, vinieron á esta costa con el ánimo de entrar á los gentiles darieles. Vista la poca disposición de los indios, y que enfermaron los dos, se quedaron por esta costa misionando. Ante la puerta de la iglesia que dije hace años cayó, habían puesto los negros una gran cruz gruesa y baja de nispero, que aún hoy se venera. Ante ella en todos esos años hacían estos negros sus plegarias públicas, á campo raso. Fray Froilán puso otra cruz cerca, grandiosa, con esta letra: «Recuerdo de las Misiones de los Capuchinos, 29 Junio 1904.» Con buen fruto dió el Padre Misiones por

toda la costa, como aparece por los muchos matrimonios que en los libros parroquiales de Portobello se ven. Ido Fr. Froilán á Cuba, dejando muy moralizada la costa y con buenos recuerdos, en 1905, entró de cura interino de Portobello el Pbro. Eusebio Sánchez: durante su rectoría hasta 1908, visitó tres veces á Santa Isabel, y se dispuso en una Junta, que celebró allí, edificar una iglesia. De hecho se empezó con ardor, pero pronto desfallecieron los negros y quedó paralizada la obra á sus principios.

En 1907, tras mis primeras entradas á los darieles, empezó la gasolina á tocar en Santa Isabel y yo á visitar este caserio, diciéndoles Misa y haciendo doctrina y rosario en los días de escala. Empezó á aficionarse la gente. Pensé, pues, cambiar el lugar de mi escala, Nombre de Dios, por Santa Isabel, pues estaba más cerca de los indios, llegaba hasta aquí la gasolina tres veces al mes, venían con frecuencia aquí los indios, y me era más fácil aquí tomar cayuco para trasladarme á los indios. Convenía, además, poner el mismo espíritu de la Misión en el pueblo que frecuentaban los indios, como puerta de la Misión. Por eso en 18 de Agosto de 1908, el Ilmo. Sr. Obispo D. Francisco Xavier Junguito, S. J., viendo que se podrían aprovechar, además, las venidas del Padre misionero de indios para fundar parroquia en Santa Isabel, pues por dispensa podía la Misión recibir parroquias, agregó este caserio á la Misión. La jurisdicción de ese caserio, según el Congreso de 1906, abarca desde la quebrada de la Concepción hasta la boca del río Cuango, comprendiendo Cocoyé, Escribano, Portete, que son tres pequeñas rancherías al E., y San Pedro de Culebra, Matanzas, Quigongé, Playachiquita al O. En 1907 quemóse el caserio de San Pedro y la capilla del Sr. Delgado dicha.

Los fundadores de esos caseríos eran Religiosos á la antigua y caritativos. Cuenta el Sr. Sanguillén, cura hoy de Santa Ana y Vicario General en Panamá, que cuando no tenía párroco Palenke, de donde dependían esos caseríos, á quien entregar sus diezmos, los reunían en Palenke ante la iglesia, y pegándoles fuego decían: «Señor, no tenemos Ministro tuyo á quien entregar esto que es tuyo; recibe, pues, el holocausto de ello, que suba hasta tu trono el *jumo* del holocausto.» Cristo Jesús dijo: «En esto conocerá el mundo que sois mis discípulos, si os amareis los unos á los otros.» Pues cuentan los ancianos que aquí no se conocían ventas, sino que todos trabajaban y tenían mucho, y se daban mutuamente lo que necesitaban. Ocurría tal vez que uno iba á su monte, que estaba lejos, para traer algo. Se encontraba con otro hermano, que así se llamaban religiosamente, en el camino, y le decía: «Para qué has de ir tan lejos, entra en mi campo y coge lo que necesitas.» Aún ahora á los ancianos les da en rostro que se trate de comprar para semilla, pues antes, dicen, era vergonzoso no dar al que necesitaba para sembrar. Cuentan de Pedro Alcántara Molinar, que por su superioridad de juicio era la autoridad nata, y decía: «Mañana vayamos todos, v. gr., á pescar.» Todos iban á ello, y si alguno por alguna urgencia no podía ir avisaba á Pedro, y éste le decía: «Vete á tu urgencia, que no por eso te faltará tu parte de nuestro trabajo.» Traían todos su pesca ó caza ya deshollada á casa de

Pedro, sin reservarse ni brizna. Pedro repartía, aun para los ausentes, con toda caridad, sin que nadie dijera palabra de mal tono sobre lo que le había tocado. ¡Cuánto bien hizo la Religión que así hermanó al hombre y mató el egoísmo! Al revés ha hecho el Liberalismo. Hoy se avergüenzan los ancianos de su pueblo, y eso que es quizá el mejor de la costa y todavía hay algo de aquella caridad y fe, como lo prueba la asistencia á la iglesia en mis visitas. Todavía se oyen también frases como éstas: «¿Y mi parte de tortuga, Simeón?—Mañana, contesta el pescador, hermano (en Adán ó mejor en Cristo) Zoilo, mataré la tortuga y te daré tu parte.» Acabo de presenciar este hecho, escribiendo esta relación.

Había aquí tal unión hasta las liberales guerras últimas, que hace llorar á los viejos que ven la diferencia de lo que era esto y lo que es. Cuando el terremoto de hará unos veinticinco años, todos, como una familia, dejaron sus casas y se metieron en la iglesia. Todo el suelo de este pueblo se cuarteó, pero los vecinos, unidos por la caridad y fe se postraban ante la cruz gruesa y baja que dije, pidiendo á Dios que los librara, y vivían en la iglesia esos días, no temiendo morir en la iglesia y sí en sus casas. Es este pueblo muy devoto de la Santa Cruz.

En 1869 nombró el Gobierno Distrito á Santa Isabel. En 1885 volvió el Gobierno á poner á Santa Isabel dependiente del distrito de Portobello, y en 1906 nombró distrito á Palenke y Corregimiento á Santa Isabel.

En Diciembre de 1908 terminamos la nueva iglesia, y les traje los ornamentos y vasos sagrados necesarios á una parroquia, sagrario y lámpara de los regalos traídos de España, sobre todo de Barcelona, Tarragona y Valencia. Dios les pague á los bienhechores su caridad. En 7 de Abril de 1911, en la Comunión general de primer viernes, se estrenó el nuevo altar de cedro, y en tan gran solemnidad se leyeron los dos documentos de la donación de dos terrenitos que dos vecinos dieron á la iglesia. En ese día también dimos por terminado el curato-casa, capaz junto á la iglesia. Se estrenó también el artístico bautisterio de caoba, obra, así como el altar, del Hermano Mejicano.

Como también se ha atendido mucho á que todos aprendan la doctrina, haciendo venir cada día de los que pasan en el pueblo por la mañana á todos, salvo excepciones, á la Misa; á mediodía á todos los niños y niñas á la doctrina, y por la tardecita á todo el pueblo al rosario ó doctrina, que se alternan, y el sermón diario; han aprendido bien la doctrina, los cánticos y prácticas cristianas. Queda, pues, formada material y espiritualmente esta Parroquia, y con las mismas costumbres que deseo copien los indios gentiles. Verdad es que *inimicus homo* ha querido últimamente sembrar impiedad y deshonestidad en este pueblo, pero con la traída del gran Calvario que con motivo de la Visita Pastoral se colocó el 25 de Septiembre de 1911, se ha reanimado grandemente el fervor, que prueban las velas que día y noche á diario arden ante el Santo Cristo, pues aun de los vecinos pueblos han dado en venir á hacer sus mandas en esta iglesia.

Traje ese Calvario de San Francisco. El ilustrísi-

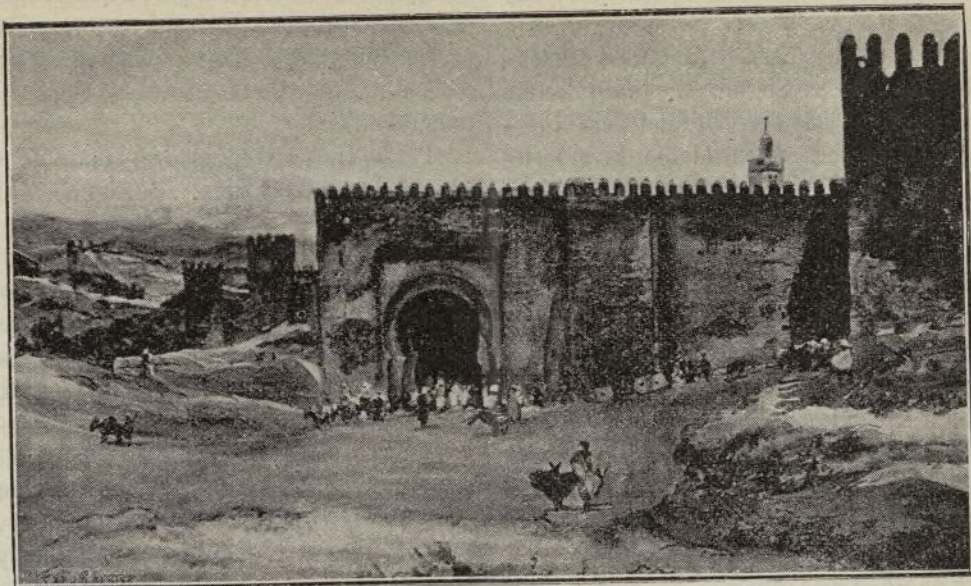
mo Sr. Obispo D. Francisco Xavier Junquito deseó, como él decía, antes de morir, hacer la Visita á esta costa. El cultivo de esta costa se debe á tan celoso Prelado, ya que esta Misión si se abrió fué por él, y él fué quien la sustentó. De vuelta de los indios entramos en Santa Isabel. Con grandísimo fervor salió el pueblo en masa al puerto, si así se puede llamar el arrecife á donde hay que apearse, á tres cuartos de hora del pueblo, mientras en dos grandes cayucos bregando contra el bravísimo mar venían unos 30 hombres al vapor que en alta mar había anclado. Llegados á tierra, ¡oh qué entusiasmo! por besar anillo y pies al señor Obispo, el primero que de seguro, si quizá exceptuamos al primero de América en tiempo de los Conquistadores, había llegado á estas tierras. Todos querían, por lo menos, tocar el sillón en que hicieron sentar á S. E. en medio de cánticos, flores y tronadores. Desde luego empezamos á apuntar para las confirmaciones y á confesar adultos, que casi todos estaban sin confirmar. A otro día fué el estreno del Calvario en la Comunión fervorosa de los que se había de confirmar. Cada día del triduo en la Misa de S. E. era consolador ver el fervor de los que comulgaban y la piedad con que el pueblo asistía. El último día fué la procesión del Santísimo por las calles, adornadas con altares, en medio de salvas y cantares.

¡Quién había de decir que dentro de un mes justo de la ida á los indios habíamos de perder á S. E.! En efecto, tras la Visita fructuosísima de esta costa, habría como 2,000 confirmaciones y 1,200 Comuniones, que para aquí es mucho, volvimos á Panamá. El 14 de Octubre S. E. I. entró en Ejercicios. El penúltimo día para acabarlos se sintió indispuerto. Se llamó al médico, dijo que si no le daba un ataque, de los que desde hace dos años le solían dar, á otro día, pues ya era tarde, tendrían consulta médica, para ver de tomar una resolución y tratar de que se curase el enfermo, quitándole una temporada de tantas ocupaciones como estaba rodeado. Pero esa noche, á las nueve, dióle el ataque. Al punto le administré la Extremaunción, y diciéndole jaculatorias en un cuarto de hora expiró, 21 Octubre 1912, tan suavemente que ni lo percibimos. Así murió con todos los Sacramentos, pues ese día á las cinco, como solía, dijo su Misa; y por la tarde se había confesado, como todos los sábados. Logró también, además del cumplimiento de la 12.^a promesa del Sagrado Corazón, morir en las últimas horas del sábado como devoto del Escapulario del Carmen. Hombre apostólico que pasó en sólo Panamá veinticinco años trabajando con gran tesón en el púlpito, en el confesonario, en el Seminario y sobre todo en los Hospitales, aquí tan concurridos, atendiendo á todo á la vez; levantándose para tener tiempo á las tres ó lo más á las cuatro, aun en el día en que murió, y acostándose cerca la media noche. Todo lo cual es tanto de admirar en un clima como este, y llevando en los últimos diez años cuatro graves enfermedades, además de la enfermedad de los años, pues falleció á sus 70. Con esa constancia y energía que no la aparentaba, pues no era hombre de arranques ni de apariencias, visitó en nueve años tres y cuatro veces la mayor parte de la Diócesis, hasta que habiendo logrado introducir á Cristo en la costa mediante

los misioneros, á pesar de todas las dificultades dichas y de que los médicos, sobre todo hace como un año, le venían diciendo que de uno de los ataques podía quedar en cualquier parte, se determinó á venir á los indios

con las dificultades y privaciones consiguientes, para dejar confirmadas en la fe estas nuevas cristiandades.

P. LEONARDO GASSÓ, S. J.



MARRUECOS.—FEZ.—Una de las puertas más antiguas de Fez el viejo.
Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Fr. Buenaventura Díaz, O. F. M.

NOTAS MARROQUIES

ASESINATO DEL MISIONERO FRANCISCANO R. P. MIGUEL FABRE, O. F. M.



OR abrumación de trabajo no he comunicado antes á los amables lectores de *Las Misiones Católicas*, las siguientes noticias sobre Fez y la horrible hecatombe cristiana en ella ocurrida á mediados del mes de Abril último.

Fez es la ciudad más populosa, rica é intelectual del Imperio. Debe su origen á Muley Dris, pariente cercano de Mahoma, que allí tiene su gran mezquita, acaso la más reverenciada en todo el Mogreb (1).

Hállase enclavada en el extremo sur del Marruecos septentrional, sobre la cúspide del monte *Gueb-Gueb*, dividiéndola el caudaloso río Sebú en dos partes que llaman Fez el viejo y Fez el nuevo.

El número de sus habitantes asciende á 150,000, casi todos moros y judíos, pues europeos hay relativamente pocos, aun cuando es de esperar que ahora aumenten, gracias á la seguridad que les reportará la toma de la ciudad por las tropas francesas.

Los alrededores de Fez resultan de lo más fantástico que soñar puede la exaltada imaginación de un poeta. Inmensos huertos de naranjos, grandes bosques de olivos, jardines sin fin, prados frondosísimos, numerosas

fuentes de cristalina y abundante agua es lo que admira al viajero que llega á contemplar de cerca la belleza de la capital xerifiana.

En el interior de la población forman contraste sus tortuosas calles con los soberbios edificios que las adornan, algunos de ellos tan ricos en material de construcción y belleza artística, que nada tienen que envidiar al mismo alcázar de Sevilla.

La principal industria de Fez consiste en la fabricación de tejidos de algodón, lana y seda; en la de armas, objetos de hierro y acero, y, por último, en el curtido de cueros, que luego sirven para babuchas y otras muchas cosas de que se hace uso en estas tierras.

Tal es, á grandes rasgos, la hermosa ciudad en donde se realizaron los tristes sucesos de que se ocupó la prensa. En ellos vióse una vez más confirmado el rencor que al nombre cristiano profesan los secuaces del Islam.

No es exagerado decir que Fez pareció entonces la más viva imagen de lo que serían las furias del infierno, si por un momento se les permitiese salir de sus antros y hacer el mayor daño posible á los mortales.

Los santones, de ordinario moros de alta talla, fuerte musculatura, voz poderosa y nada vulgar erudición de las prescripciones del Corán, recorrían á pasos agigantados las calles, predicando con fervor y entusiasmo la guerra santa.

(1) Véase el grabado de la pág. 117. A ser exactas las noticias que publica la prensa diaria, esta mezquita acaba de ser destruída por la artillería francesa.

Desde los minaretes de las Mezquitas los almuédanos ó sacristanes no hacían más que pedir á *Alha* fuerza contra los cristianos; y la sangre de los católicos, que corría á torrentes por las calles de Fez, excitaba tal hilaridad entre las moras que, ebrias de gozo, no cesaban de entonar en las azoteas el monótono *yu yu*, canción la más alegre de los musulimes.

Como es natural, lloro la desgracia de tantos cristianos que fallecieron lejos de sus familias... en país de infieles... á manos de fanáticos sectarios del Corán; pero, —¿por qué negarlo?— lloro, inconsolable, la muerte de mi querido hermano de hábito, P. Miguel Fabre (1), cruelmente asesinado en el mismo momento que ejercía su santo ministerio, ayudando á bien morir á la dueña de la casa en que se albergaba.

¡Qué bueno era, qué cariñoso y qué simpático! Desde que le conocí por vez primera aquí en Tánger, hará pronto un año, quedé prendado de su bellissimo carácter. Véase en él el misionero franciscano, hecho todo para todos á fin de ganar almas para Cristo. No lo dijo con palabras, pero con las obras, mucho más elocuentes que aquéllas, me ha demostrado que su divisa ó plan de conducta en el apostolado, estaba incluida en la exclamación favorita de San Francisco de Sales: *Domine, da mihi animas, cetera tolle*.

(1) Nacido en 1880, en el Aveyrou (Francia), el Rdo. P. Miguel Fabre había hecho sus estudios en el Convento de los Frailes Menores de Burdeos, después entró en el noviciado de Pau, donde en 1899 hizo sus votos. La persecución religiosa obligó á dicha Comunidad á refugiarse en Friburgo (Suiza). Volvió á Francia para cumplir el servicio militar durante tres años, después del cual, de vuelta á Suiza, recibió la ordenación sacerdotal en 1907. Era director de los jóvenes novicios de su Orden, cuando el cuerpo expedicionario francés, desembarcó en Marruecos: solicitó entonces permiso de ir á sumarse á las tropas francesas en calidad de limosnero militar. Desde el mes de Junio de 1911, ejercía este nuevo ministerio en medio de fatigas y de dificultades que su valentía y decisión le hacían soportar alegremente. Después de haber servido el curato de Mehedy y seguido los movimientos de las tropas, aseguró en Fez el servicio religioso, y seguía dirigiéndolo cuando estalló la terrible sublevación del mes de Abril último.

La Misión franciscana de Tánger celebró el 23 de Abril en honor del Padre y demás católicos asesinados, una Misa solemne, á la cual asistió el personal de la legación, los oficiales de marina y los miembros del cuerpo diplomático. (N. de la R.).

Me parece que le oigo decir todavía: «Créame, Padre; comprendo que internarme en el Imperio es colgar de un hilo esta vida tan amable; mas, ¿no será también asegurar la eterna?»

Yo quisiera que hubiesen conocido al P. Fabre tantos ignorantes como aseguran que el fraile es un egoísta. Sepan los que esto lean, que yo mismo, á no haber reconocido en este Franciscano un espíritu abrasado en amor de Dios y de los hombres, casi le tendría por un temerario.

¡Tanta era su serenidad al tratar de exponer la salud, la libertad, la vida... por conquistar un alma para el cielo!

Sin duda que el P. Fabre vela desde el cielo sobre sus amados cristianos de Fez, pues sólo así se explica que el nombrado para sucederle sea, precisamente, uno de sus más caros compañeros de Noviciado, que juntos hicieron su carrera y que juntos cantaron su primera Misa en el mismo día.

Se me preguntará ahora: ¿Cuál fué la causa de la insurrección de Fez? Hay dos versiones: dice una que la originó la pretensión de pagar la soldada en especie, en vez de hacerlo en metálico; y la otra la atribuye á los descuentos de los sueldos destinados á la manutención. (Todo esto se entiende referente á los militares). Para mí la causa no fué otra que la enemistad eterna del moro con el cristiano. No se crea, por Dios, que los moros nos ven aquí con buenos ojos. Estos son siempre los mismos, la Historia del Imperio nos dice cuánto en estas tierras han tenido que padecer nuestros mayores antes de la guerra del 1860. Hoy nos sufren porque se encuentran sin marina, porque las kábilas están muy divididas entre sí, y porque á muchos indígenas les va bien en el comercio con los cristianos; de lo contrario... ejemplo tenemos en nuestros amigos del Rif.

FR. BUENAVENTURA DÍAZ,
Misionero de Marruecos.

Tánger, 20 Mayo 1912.

EL DESCUBRIMIENTO DEL POLO SUR



ENTRE las muchas y gloriosas conquistas con que de pocos años á esta parte se ha enriquecido la ciencia, debemos colocar en lugar preferente la del Polo antártico, verificada en estos últimos meses.

El célebre explorador Cook, que en 1772 emprendió una de las primeras expediciones dirigidas á este fin, desalentado á la vista de los muchísimos y graves peligros que le asaltaron en su viaje, desistiendo de su proyecto regresaba á su país, dejando escritas estas palabras: «La conquista del Polo Sur no reportará utilidad

alguna ni á la navegación, ni á la geografía, ni á ninguna otra ciencia. Parece que después de este relato ya nadie hablará más del continente austral.»

Por fortuna, la posteridad desatendió sus consejos, y por espacio de dos siglos, marinos, geógrafos y sabios de todas clases han rivalizado por penetrar en ese continente misterioso, anhelando conocer sus secretos y acabar con esa conquista la de todos los puntos que cabe imaginarse sobre la vasta superficie de la tierra.

Ya en la primera mitad del siglo pasado el explorador Ross lograba llegar en su expedición al paralelo 78°10' de latitud austral, descubriendo el golfo que lleva su nombre y el cual, hacia la longitud 180°, se interna en el continente antártico, hasta entonces igno-

rado, dejando de este modo abierto el camino que había de conducir á sus sucesores á la conquista definitiva del mismo Polo.

En 1902 el capitán Scott, de la marina inglesa, acompañado de su teniente Shackleton y el Dr. Wilson, á costa de grandes trabajos y fatigas, conseguía alcanzar un punto situado á 82°17' de latitud Sur por 163° de longitud occidental. En 1907 Shackleton volvió á salir de Inglaterra á bordo del *Nemzad* y, por el camino del golfo Ross, se dirigía con rumbo á las frías regiones del Antártico. En 122 días la expedición hizo sobre los hielos, y á través de formidables cadenas de montañas, un recorrido de 2,750 kilómetros. Dirigiéndose al punto Sur de aquel á que había llegado anteriormente en la expedición Scott, Shackleton con tres de sus compañeros se encontró con las elevadas montañas de Tierra Victoria, cuya cadena, como inmensa y al parecer infranqueable barrera, fué uno de los mayores obstáculos que hubieron de vencer para continuar su marcha. Verificaron igualmente la ascensión de un glaciar abrupto y enorme, que les cortaba el paso, y consiguieron, por fin, ganar una meseta de 3,200 metros de elevación, en la cual, al decir de Shackleton, tenía que hallarse el Polo austral.

La expedición había ido provista de trineos, automóviles, perros esquimales y caballitos de Mandchuria.

El resultado fué llegar al paralelo 88°23' de latitud meridional, á una distancia del Polo de 178 kilómetros, y obtener gran número de documentos de capital interés para la geografía, la geología, la biología, y en general para las ciencias naturales.

A pesar de encontrarse tan cerca del punto suspirado, la expedición hubo de ceder á las gravísimas dificultades que á su marcha se oponían, no siendo sin duda la de menor importancia la que les ofrecía el peligro en que se hallaban de carecer de víveres en medio de aquellos solitarios y remotos parajes, si habían de proseguir sus trabajos de exploración.

El 4 de Marzo de 1909 tomaron, pues, el rumbo de Europa, con la pena de no haber podido realizar su sueño dorado, pero con la noble satisfacción de haber, no obstante, señalado el derrotero que debía conducir como de la mano á sus sucesores hasta el mismo extremo antártico del mundo.

El entusiasmo despertado por los expedicionarios en los ánimos de cuantos escuchaban sus relatos ó leían en la prensa los pormenores de su arriesgada é importante empresa, no es para dicho.

Cinco nuevas expediciones se organizaron en breve con el objeto de acudir en busca de esa victoria por tantos deseada y por ninguno conseguida.

El capitán Scott, no queriendo sin duda ser menos que su teniente Shackleton, se puso á la cabeza de una; la segunda, también inglesa, iba dirigida por el Dr. Mawson; la tercera, la capitaneaba el noruego Amundsen; las otras dos eran una alemana y otra japonesa.

En esta especie de concurso de exploradores ha logrado, por fin, la palma Roal Amundsen, el mismo que años atrás, en una expedición al Polo Norte, conseguía con un modesto navío franquearse el paso del Noroeste,

que hasta entonces había resistido á los esfuerzos de las expediciones mejor organizadas.

Verdaderamente, al aventurarse Amundsen á realizar el descubrimiento del Polo austral, no desconocía del todo la empresa que iba á acometer, pues había ya anteriormente formado parte de otras expediciones antárticas.

Detalle digno de ser aquí consignado es que el buque elegido por el heroico explorador para que le trasportase á los pies del continente antártico es el *Fram*, el mismo que prestó idénticos servicios al célebre Nansen en su exploración del Polo Norte.

En él se lanzó Amundsen á la conquista del desconocido Polo.

Su partida tuvo lugar en Bergen, el 10 de Julio del 1910. Poco antes las señoras de Cristianía habían entregado á su valiente y heroico compatriota una bandera de seda con los colores nacionales, admirablemente bordada, para que Amundsen la colocase en el punto de mayor latitud á que llegara la expedición.

Los compañeros del héroe, noruegos como él, eran Helmer Hansen, Oscar Wisting, Sverre Hassel y Olaf Bjaaland Johansen.

El desembarco le verificaron en la bahía llamada de las ballenas, y desde este punto los expedicionarios comenzaron á realizar su atrevido proyecto, caminando sobre las primeras tierras antárticas y ayudándose para el acarreo de vituallas de trineos tirados por perros esquimales.

Desde el 10 de Febrero hasta el 11 de Abril de 1911, se concretaron á colocar los depósitos de municiones.

El invierno le emplearon en preparar todo su equipo.

A mediados de Octubre, dejando los cuarteles de invierno, salieron resueltos á emprender de una manera decisiva el descubrimiento del polo, y el 14 de Noviembre se hallaban ya en el paralelo 85 grados de latitud meridional. Pero el 17 encontraron la formidable masa de montañas que presenta la meseta del Antártico. Desde ese día comenzó para nuestros héroes una serie continuada de peligrosas peripecias á que se arriesgaron con el fin de escalar aquellas ingentes montañas de nieve.

Incontables y terribles fueron los peligros que hubieron de afrontar; mas, al fin, consiguieron ganar aquella elevación, alcanzando la mayor altitud de cuantos habían franqueado en su viaje: 3,277 metros.

Se hallaban entonces á 87°14'. Menos de 3° les faltaban para ver coronados sus esfuerzos con la tan suspirada conquista.

Inconcebible es para nosotros el frío que reinaba en aquellas latitudes. La temperatura media de 1911 no subió de 26 grados bajo cero, y en ocasiones el termómetro había marcado 56 grados debajo del punto de congelación del agua.

Alentados cada vez más y luchando incansables con los obstáculos que la naturaleza oponía á la consecución de su noble empresa, llegaron el 9 de Diciembre á los 88°39' y el 13 á los 89°45'.

Sólo un cuarto de grado restaba por ganar para que el triunfo fuera decisivo.

Al siguiente día, Amundsen creyó haberle logrado, más el 15 se convenció de que aún le quedaban 9 kiló-

metros para estar en el punto teórico en que la Geografía coloca el polo meridional. Este recorrido le hizo el día 16, en el cual sus nobles y generosos esfuerzos se vieron gloriosamente coronados con el éxito más feliz.

Ese día será una fecha memorable en la historia de los descubrimientos humanos, y Roal Amundsen será desde hoy justamente venerado como un héroe, que

arriesgando su vida en exploraciones peligrosas, á través de un continente desconocido y entre los rigores de un perpetuo y crudísimo invierno, ha logrado con esfuerzos sobrehumanos plantar el pabellón de su patria en el punto más meridional del globo, en el mismo polo Sur.

Fr. Z.

(Florecillas de San Francisco).

AFRICA.—ZAMBEZE

EL NIÑO PERDIDO

El Rdo. P. Torrend, S. J., nos cuenta la siguiente historia, que creemos conmoverá los corazones de nuestros lectores y les inspirará la excelente idea de dar una limosna para el buen catequista Francisco Borja, que es nuestro héroe.



AY á nueve millas de aquí, cuatro poblados que forman uno sólo, donde la Providencia parece quiere tener un catequista, y un catequista bien determinado. Sin embargo, para ponerle es necesario que Ella dé los recursos indispensables. ¿Os diré cómo

la Providencia ha señalado al catequista que debe establecerse allí? Creyendo ha de interesaros, aquí va la historia: Cuando pasé por Feira, yendo de Miruru á Buluwayo, en 1905, encontré allí llevando la contabilidad de un negociante italiano, un joven negro de 17 años, que había sido discípulo mío en Miruru, y que sabía era un ferviente cristiano. Se llamaba Francisco Borja. Así que me vió corrió á decirme:—Padre, dejadme venir con vos.—Hijo mío, le contesté, quédate donde estás. Aquí ganas algo. Por mi parte no tengo dinero é ignoro donde voy. Llegaré sin duda á Buluwayo, pero desde allí el corazón me dice que me enviarán á abrir alguna Misión en la región de Kafubue, y ¿dónde encontraré el dinero necesario para pagarte?—Me importa poco la paga, respondió Francisco; donde tú vayas, iré también. Me negué rotundamente á que me siguiese. Pero apenas había atravesado el Zambéze, que mi Francisco ya estaba allí con su: «Donde tú vayas, también iré.» Fué, pues, preciso dejarle venir conmigo, primero hasta Salisbury, luego de Salisbury á Buluwayo, y más tarde de Buluwayo á Chikuni, cerca de Monze.

Aquí nos sirvió de cocinero al Padre Moreau y á mí. Después, cuando fuí á explorar el país al norte de Kafubue, me acompañó de nuevo con tres muchachos más que le ayudaban á llevar mis efectos. En este viaje, bien puedo decir que me salvó la vida. Fué el caso que nos perdimos en un desierto, sin una gota de agua. La primera noche que pasamos allí lo único que tuvimos para refrescar la lengua fueron dos pecesitos que habíamos pescado la víspera y que asamos á la brasa; nos dejaron más sedientos de lo que estábamos. Por la mañana, de madrugada, nos dirigimos hacia lo que creía-

mos era un riachuelo, pero cuando llegamos allí, no pudimos descubrir el menor indicio de humedad.

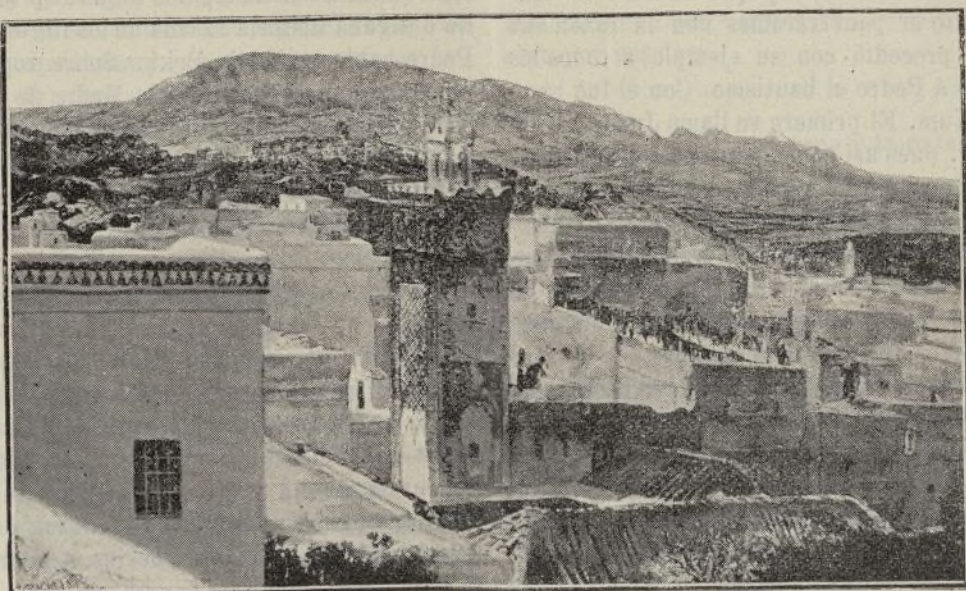
La sed nos abrasaba. A eso del medio día vimos al pájaro de miel y le seguimos. No nos habíamos engañado. Nos llevó hasta el tronco de un árbol hueco, el cual contenía algo de miel. Pero en vez de apagar la sed, esta succulenta comida no hizo más que aumentarla. Volví al cauce seco del torrente y me tumbé á la sombra de un árbol, resuelto á esperar la puesta del sol para intentar proseguir la marcha. Francisco no quiso seguir mi ejemplo. Se fué á explorar por su cuenta el desierto. A las tres de la tarde vino á anunciarme que había encontrado á la distancia de una hora un sitio cubierto de hierba verde. Nos dirigimos allá, y cuando yo llegué el último, Francisco había ya cavado hasta dos pies de profundidad, y del hoyo salía arena húmeda. El agua no se hizo esperar. Estábamos salvados.

En Kafubue encontré el primer vagón que salía de allí en dirección al Norte. Llevaba las herramientas de algunos picapedreros y albañiles austriacos que iban á empezar los trabajos del puente del Moowboski. También encontré á Van Riet, el famoso conductor de los vagones de varios de nuestros Padres; hace unos 20 años, que cayó de un árbol y junto á él quedó como muerto: así pasó quince días tras los que recobró el conocimiento, empezó á andar, y, perdido en el desierto, pasó 27 días manteniéndose de lagartijas é hierbas salvajes. Los dos, Van Riet y yo, rogamos á los albañiles que nos permitiesen colocar nuestros efectos en su vagón: que sí, contestaron en seguida, y con mucho gusto. El viaje desde este momento fué dichoso. Después de cinco días de marcha llegamos al pueblo de Musabula, uno de los cuatro de que os hablaba antes. El pueblo en masa me rodeó por la única razón de que hasta entonces en aquellos parajes habían visto muy pocos blancos, y sobre todo, porque yo era el primer blanco que les hablaba en su lengua. Les canté una hermosa canción que me había enseñado un niño en Miruru sin saber lo que significaba, pero que resultó ser el himno nacional de este país. Logré una verdadera ovación. Aproveché esta oportunidad para explicarles que tenía la intención un día ú otro de establecerme en su país y enseñarles la ley divina. Mis palabras fueron bien recibidas, cuando

el conductor del vagón vino á avisarme sobre las cinco de la tarde que iba á partir, y que contaba con la luz de la luna para hacer una buena marcha; le dije, ya podéis marcharos, yo me quedo aquí, quiero explorar el río Nguerere, que dicen está cerca. El vagón salió. Dije á la gente que me dejaran leer mi breviario, y se pusieron á hablar con Francisco. Al momento, en vez de continuar rezando, me puse á escuchar y sorprendí el siguiente diálogo:—Vuestro hermano, decía Francisco, se llama Mutemansenga, y decís que es el jefe de Mandala...—Sí, ¿por qué me hacéis estas preguntas?—Porque cuando yo era niño, también mi padre se llamaba Mutemansenga.—Es extraño, nosotros creíamos que este nombre era exclusivo de nuestra familia.—Y la mujer de vuestro hermano, ¿cómo se llama?—Se llama Sayiri.—¡Este era precisamente el nombre de mi madre!—Entonces tú, ¿cómo te llamas?—Me llamo Fran-

hijo perdido hacía doce años. Al mismo tiempo un grito penetrante de reconocimiento, como no se sabe dar más que en Africa, se levantó hasta el cielo de todas las bocas de los habitantes del poblado.

No será necesario deciros que aproveché esta ocasión para explicar que la Providencia Divina no abandona jamás á los que en Ella confían. Unos instantes después llegó un escrito del vagón, concebido en estos términos: «Padre, hemos cazado dos raones. La carne es vuestra. No tenéis que hacer más que enviarla á buscar.» El raon es un antilope grande como el buey. La Providencia coronaba su obra enviándonos con qué festejar la vuelta del hijo perdido. Al día siguiente llegamos á Nguene, que es donde en la actualidad resido. Francisco está en Miruru, donde fué, hace ya tres años, á casarse con una cristiana, que ya era su prometida cuando yo estaba allí. Me escribe de vez en cuando. Y



MARRUECOS.—FEZ.—Venerado santuario + de Muley Dris, fundador de la ciudad de Fez.
Reproducción directa de fotografía remitida por el Rdo. P. Fr. Buenaventura Díaz, O. F. M. (Véase pág. 113).

cisco Borja. Cuando era niño me llamaban Sungue.—Sungue, ¿cómo? ¡Sungue!... ¿Y cuál es tu patria?—Lo ignoro, sólo sé que cuando era pequeño, gente de Kanyemba, en guerra con los de mi pueblo, nos cogieron á mí y á mi madre y nos llevaron lejos de mi país, hasta cerca de Zambo. Mi madre desapareció en el camino.—En el mismo momento, el interlocutor de Francisco se levanta bruscamente:—Entonces, eres mi hijo, dice, eres el Sungue que los habitantes de Kanyemba nos robaron. Voy á decírselo á tu madre.—Por madre quería decir tía, pues en estos parajes madre y tía es todo uno. Dió un brinco y corrió á su choza, dejando á Francisco deshaciéndose en lágrimas. Unos minutos después, reapareció en la puerta de la choza, diciendo:—Sungue, vuestra madre os llama.—Algunos instantes después hombres y mujeres depositaban á mis pies una gallina y un cestito de harina. Les había devuelto el

ahora decidme si me engaño afirmando que la Providencia quiere claramente un catequista en Musabula, y que el catequista está ya designado. Anteayer estuve allí, y no solamente el poblado de Musabula que es donde está el padre de Francisco, sino todos los poblados vecinos, piden la instrucción religiosa. Pero yo no puedo poner allí un catequista sin tener recursos, aunque no fuera más que para comprar ó alquilar una hectárea de terreno á la administración, pues ésta se ha reservado todo el terreno, y no permite á ningún blanco establecerse sin pagar una renta anual considerable...

No os he dado, queridos lectores, más que un ejemplo del bien que se podría hacer á estos pueblos con catequistas bien establecidos. De lo que difícilmente os formaréis idea es del número de catequistas que precisa establecer.

LOS HERMANOS COREANOS

EPISODIO DE LA HISTORIA DE LAS MISIONES DE COREA

POR EL P. JOSÉ SPILLMANN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(Continuación)

No tardaron también en pedir el bautismo los dos amigos de Pedro, Pirki y Kum. Varios de la Liga de la Rosa del mar sólo siguieron después de algunas vacilaciones, pues presentaban objeciones al misterio de la Santísima Trinidad y á otras doctrinas del Cristianismo que la débil razón humana no puede comprender. Pero el celoso Pirki les hizo ver que es muy natural que la esencia de Dios sea impenetrable é incomprensible á la limitada razón humana, y que nuestra fe tendría menos mérito si penetráramos con la razón sus doctrinas. Pirki precedió con su ejemplo á todos los asociados y pidió á Pedro el bautismo. Con él fué bautizado también Kum. El primero se llamó Juan, y Kum Francisco Javier, pues así como este apóstol de la India y del Japón, que murió cuando esperaba llevar la fe á China, quería él consagrar toda su vida á la doctrina de Cristo. Siguió á estos primeros neófitos el que era cabeza de los que vacilaban, el buen maestro de escuela King, tan pronto como se convenció de la sinrazón de sus reparos; y recibió el nombre de Tomás, porque el Salvador había disipado las dudas de este apóstol, como ahora disipaba las suyas. Así fueron bautizados casi todos los miembros de la Rosa del mar, y los pocos que no tuvieron valor para aceptar la nueva religión contra la ley del país, se separaron de ella, de suerte que la Liga vino á ser una especie de sociedad destinada á propagar el Cristianismo.

Son los coreanos muy aficionados á cultivar las relaciones sociales, y es para ellos un honor hacer y recibir muchas visitas. Estas costumbres facilitaron mucho los progresos del Cristianismo. Pedro y sus amigos Juan y Francisco Javier, que pertenecían á la primera nobleza del país, eran invitados en todas partes, y su celo no dejaba pasar ninguna oportunidad de predicar la fe, aprovechándolas todas con tal habilidad y entusiasmo, que pronto fué ganado para el Cristianismo considerable número de miembros de las principales familias. Aun las señoras y doncellas, que en Corea son severamente excluidas de la sociedad de los hombres, oían hablar á las madres y hermanas de los primeros convertidos de Cristo y de su gloriosa Madre; y no transcurrió mucho tiempo sin que hubiese numerosas cristianas, algunas de las cuales difundían la consoladora doctrina del Evangelio con el mismo celo con que la propagaban Pedro, Juan y Francisco Javier. Especialmente se distinguía en esta propaganda María, la madre de nuestros jóvenes amigos.

Pero donde más se extendió la doctrina de Jesucristo fué entre los pobres, pues también en Corea se cumplieron las palabras de la Sagrada Escritura, según las cuales el Evangelio sería anunciado á los pobres. Aquí trabajó sobre todos el valiente maestro de escuela To-

más King, que pertenecía á la familia de un intérprete, y tenía muchos parientes y amigos entre los navegantes y comerciantes, así como entre los labradores del llano y de la montaña, haciendo cuanto pudo por difundir la nueva Religión. Pronto la siguieron con entusiasmo artesanos y labradores, no sólo de la capital, sino del puerto Chemulpo, de las aldeas de las provincias limítrofes y aun de las apartadas montañas. La misma obra llevaba á cabo Tomás en su escuela. A todas horas refería á sus discípulos algún capítulo del Evangelio ó alguna historia sacada de los libros edificantes que Pedro había traído de Pekín. Sobre todo inducía á los niños á amar filialmente á la Madre de Dios, é infundía fortaleza en sus corazones con el ejemplo de los santos mártires, para cuando viniera la persecución, que sin duda no tardaría en llegar, pues ya andaban los bonzos concitando los ánimos contra la nueva y aborrecida Religión.

Mientras el gran mandarín siguiese desempeñando su cargo, no era de temer que los cristianos fuesen violentamente perseguidos; Dios, por otra parte, había dispuesto que fracasara el plan trazado por La-men y el jefe de los bonzos. Habiendo salido á la calle de noche y en estado de embriaguez con el intento de exigir al gran mandarín responsabilidad por la ocultación de la caja, La-men se cayó en un lodazal, donde fué hallado á la mañana siguiente por los barrenderos, quienes le condujeron á su casa con un pie roto, en estado lamentable, en medio de las burlas de cuantos le vieron. Aquí vió el gran mandarín el deseado motivo para destituirle de su empleo. Rechinando de cólera los dientes, salió La-men de la ciudad con su hijo, jurando por todos los dioses que algún día tomaría sangrienta venganza. De esta suerte se aseguró, por lo menos durante algún tiempo, la tranquilidad de los cristianos; pues el jefe de los bonzos, tan cobarde como malvado, no tenía influjo ninguno en la corte.

Humanamente hablando, habría sido de mucha trascendencia en orden á la propagación del Cristianismo, que el gran mandarín hubiese recibido el bautismo. Pero no estaba dispuesto su corazón á recibirle. La doctrina cristiana le había interesado mucho, como cualquiera otra ciencia, y aún le parecía más profunda y racional, y que satisfacía al corazón más que la doctrina de Buda y la de los sabios chinos. Pero su orgullo de sabio no quería doblegarse ante los misterios, y por consiguiente no vino á la fe, que presupone la humildad. Disuadióle por otra parte de seguir la nueva Religión la prudencia carnal, pues la doctrina de Buda era la religión del Estado, y creyó peligroso declararse decididamente contra ella. Que lo hagan otros—decía—y si al fin triunfan, tiempo habrá de unirse á los vencedores. Lo mismo que el gran mandarín pensaba y obra-

ba el sabio Kim, con gran dolor de su hermana y de su hijo.

Medio año después del regreso de la embajada, contaba la nueva comunidad de cristianos con más de cien neófitos, y muchos más de mil que acudían á ser instruidos por Pedro y sus compañeros, estaban dispuestos á recibir el bautismo. En verdad no podía pedirse más. ¡Lástima grande que no hubiera allí algún sacerdote que administrara los santos sacramentos de la Penitencia y de la Comunión, que celebrara el santo sacrificio de la Misa y que sobre todo vigilara las doctrinas de Pedro y de sus amigos! No pudiendo ser explicadas y completadas, sin maestros, la doctrinas que en tan poco tiempo aprendió Pedro en Pekín, con los libros que de allí había traído, no es de extrañar que incurriera en error en varios puntos. Así, por ejemplo, no habiendo comprendido qué cosa es la consagración sacerdotal y episcopal, creía que la potestad y dignidad del sacerdocio se comunicaban mediante el uso de las vestiduras sacerdotales y por signos exteriores, como la dignidad de mandarín se confería mediante la imposición de las vestiduras propias de aquella dignidad, ó como el ser soldado consistía en el uso de las armas y del uniforme. Y como le habían producido tan viva impresión las ceremonias del culto divino que había presenciado en Pekín, propuso á sus compañeros la elección de un obispo y de un sacerdote que celebraran el santo sacrificio de la Misa.

Creía Tomás King que esto no podía hacerse y que los sacerdotes sólo podían ser consagrados por los obispos y éstos por otros obispos; pero la mayoría opinó que, no habiendo en Corea ningún obispo, bastaría elegirlo y revestirlo con las vestiduras episcopales. Habiendo prevalecido esta opinión, Pedro fué elegido obispo, y Juan y otros dos jóvenes designados como sacerdotes.

Pedro mandó hacer un pectoral, un anillo, una mitra y un báculo como los que había visto en Pekín, y ordenó á Juan de sacerdote imponiéndole las manos, como veía en una estampa que representaba el sacramento del Orden. Después encargó á su tía que hiciera ornamentos para decir Misa, se procuró una copa preciosa que había de servir de cáliz, construyó en una gran sala de la casa de campo un altar, y anunció á la comunidad que el día de Navidad, que ya estaba próximo, ofrecería el gran Sacrificio de los cristianos.

Todo esto habría sido indudablemente un horrible sacrilegio, si Pedro y sus compañeros no hubieran obrado de buena fe, creyendo hacer cosa lícita y agradable á Dios. Por lo cual es de suponer que Nuestro Señor disculparía el yerro de sus hijos, y que Jesús vendría siquiera espiritualmente al corazón de aquellos fieles, que poseídos de amor y celo deseaban unirse con El.

Las funciones se celebraron con gran magnificencia. En vez de cirios, que en Corea no se conocen, lucían en el altar multitud de linternas chinas; Pablo, Jacobo y otros niños ayudaban á la misa vestidos con magníficas vestiduras y hacían oscilar pequeños incensarios en que se quemaba aromático incienso; Tomás King dirigía un coro de cantores, acompañados de flautas, trom-

pas y tambores. Este conjunto produjo la mejor impresión en la nueva cristiandad. En el sermón explicó Juan el tierno evangelio de la Natividad, delante de una especie de pesebre que Pablo y Jacobo habían construido ayudados de su madre, según la descripción que hizo Pedro del que había visto en Pekín, y las imágenes que poseían del Nacimiento del Salvador. En todo el día no cesaron de venir grupos de niños que se arrodillaban delante del pesebre y adoraban al Niño Jesús.

—¡Qué feliz soy, madre mía! decía Pablo la noche de Navidad. ¡Pronto será cristiana toda Corea!

—¡Oh hijos míos! añadió la madre. Ahora empezará el combate. ¿No habéis oído que en todas partes sellaron su fe con su propia sangre numerosos mártires antes de vencer al Paganismo? Pues lo mismo ha de suceder en Corea. ¡Rogad á Dios, hijos míos, que os dé fuerzas para salir vencedores en la lucha!

—Este es mi deseo, dijo Jacobo, que Pablo y yo demos nuestra sangre por el Niño Jesús que derramó la suya por nosotros.

9.—El grano y la paja

Al siguiente año de 1785 hubo de comenzar la lucha. El gran mandarín Kum-mun había muerto, después de breve enfermedad, sin recibir el bautismo, pues no siempre viene la gracia á solicitar por segunda vez al corazón del que una vez ha resistido á ella. Su muerte trajo funestas consecuencias á la naciente cristiandad. Era costumbre que el rey eligiera entonces nuevo gran mandarín de entre el partido de los Pik, pues el difunto era del partido de los Ti. De esta suerte conservaba el rey la fama de imparcial, eligiendo por turno al que había de desempeñar este cargo de entre los dos partidos en que se hallaba dividida la nobleza.

Bastaba que un Ti se hubiera mostrado favorable á los cristianos para que el nuevo gran mandarín y todos sus partidarios fuesen sus enemigos declarados. El presidente de los bonzos, Lao-lu, fué escuchado por él, cuando se quejó ante su autoridad de la difusión de la nueva doctrina y del aumento de sus secuaces, y el gobernador dió orden al mandarín del supremo tribunal que hiciera en ellos un duro escarmiento.

La-men, que después de su ignominiosa destitución se había pasado del partido de los Ti al de los Pik, obtuvo de nuevo el cargo de mandarín del supremo tribunal. No había cosa alguna que deseara con mayor anhelo que ejercitar su oficio contra los aborrecidos cristianos. Con sumo placer los habría encarcelado, atormentado y ejecutado á todos. Pero el gran mandarín, que era hombre prudente, no quería malquistarse con las familias nobles del bando contrario; por lo cual se limitó á mandar á La-men que por de pronto llevara ante su tribunal á alguno del pueblo, pues cuando la nobleza viera cómo se aplicaban las leyes contra los prosélitos de la Religión extranjera, escarmentaría en cabeza ajena y renunciaría á la nueva doctrina.

(Continuará).

BIBLIOGRAFIA

L'Education Eucharistique, par l'abbé Broussolle, vol in-12, 2 francos. P. Téqui, editor, rue Bonaparte, París, VIIe.—El Rdo. Sr. D. J. C. Broussolle, viene, hace algún tiempo, publicando con notable éxito un Curso de instrucción religiosa: el último volumen, que hemos tenido el gusto de recibir, es el cuyo título encabeza estas líneas: está dedicado á los niños que se preparan para recibir por vez primera el Pan de los Angeles. Aprovechándose de las lecciones de la experiencia y de las indicaciones valiosísimas de compañeros de sacerdocio que han consagrado su vida toda á la enseñanza de la niñez, el autor ha redactado este que podemos llamar catecismo, renunciando al método tradicional de exposición por preguntas y respuestas, y adoptando la forma de breves instrucciones, discursos si queréis, pero instrucciones acomodadas á las inteligencias infantiles y tan ricas en doctrina, que dan á los niños la preparación no sólo necesaria, sino conveniente para que reciban con excelentes disposiciones la Primera Comunión. Esta obra será un muy buen auxiliar de los párrocos, maestros y padres que quieran, como es debido, preparar bien á sus hijos para el celestial Banquete.

—*El último hidalgo*, novelapor D. Angel Ruiz Pablo.—*Biblioteca del hogar*, 1.ª serie. *Librería Católica*, Pino, 5, Barcelona.—Con castizo estilo, el autor de *Oro y escorias* nos pinta en esta novela un carácter que recuerda el hermosísimo del protagonista de la obrita de Pereda: *Blasones y talegas*. Como éste es *El último hidalgo* esclavo de la tradición, orgulloso de su linaje, víctima de la nitidez de su sangre; como éste es noble en todos sus actos, da á su palabra el valor de una escritura, vive para hacer el bien, siente la dignidad aborreciendo el orgullo, es, en una palabra, un hidalgo de los que *se quiebran pero no se doblan*, siendo en esto superior al de Pereda, que acaba por rendirse á las riquísimas talegas de un amable mercader. *El último hidalgo* muere pobre, y como la Amagoya de Navarro Villoslada, presiente que sus tiempos se van, que es de otra edad, pero orgulloso de su tiempo y de las costumbres de los hombres de su raza, quiere morir como ellos murieron, para acabar con dignidad una vida cual la que ellos vivieron.—La novelita tiene escenas de intensa belleza; recordaremos el acto del fiel criado que viendo en día de necesidad á su amo reunir el último recurso, las joyas de su madre, y darlas al amigo para que las trueque en dinero, depositando junto á ellas un gran reloj de plata, dice:—También hay este recuerdo de mi padre:—y la muerte del hidalgo, recordando las proezas realizadas para salvar la vida del príncipe proscrito, digno remate de esta novelita, que es de veras para todos, pues á todos regalará con intensas sensaciones de culta belleza, maestra de cristianas virtudes, de entereza de carácter, de esta bien entendida dignidad que no podrá aceptar nunca la modernísima teoría de que sea igual el alfabeto embrutecido que apedrea al que defiende la verdad, que el hombre de recto corazón que muere defendiéndola.

—*Almanaque de la Prensa Católica para 1912*, por la Redacción de «Ora et Labora».—Año 2.º de su publicación.—Con censura eclesiástica.—Sevilla, 1911.

Aparece este año el «Almanaque de la Prensa Católica», notablemente mejorado. El texto lo componen, principalmente, trabajos premiados en el «III Certamen de Ora et Labora.»

El «Catálogo descriptivo de la Prensa Católica», que el año anterior era de 400 publicaciones, comprende este año unas 500, y lleva un apéndice de publicaciones extranjeras.

Sigue á este «Catálogo» el «Guía del comprador» ó índice por orden alfabético de industrias ó materias, de los fabricantes ó industriales que favorecen con sus anuncios á la prensa católica, mereciendo por esto que los católicos los prefieran al hacer sus compras.

Y termina con el «Guía del anunciante», al cual conviene anunciarse en la prensa católica, por ser la que más circula entre las personas de posición social y de conciencia, que son, indudablemente, las que convienen más por todo género de negocios honrados. Amén de que, cada lector de periódico católico, es un ferviente propagandista del mismo, y decidido protector de los que en él se anuncian.

—*L'Education Chrétienne*, conférences pour M. l'abbé Henri Le Camus, Directeur de la Maison de retraite de Notre-Dame du Bon-Conseil.—Un volumen de 200 págs. P. Téqui, éditeur, París.—Educar bien á los niños es trabajar para que Dios sea mejor servido y para que logren la salvación muchas almas que de lo contrario perecerían. Sorprende y admira, y, séame permitido decirlo, indigna la frescura con que muchos padres emprenden la tarea difícilísima de educar á sus hijos sin habérseles ocurrido ni soñar en los principios que deben presidir la educación física, la intelectual y la que es antes que todas y madre de todas, la educación moral, que van á darles... Los padres, DEBEN, á toda costa, aprender á educar bien, porque el porvenir de la sociedad, y también el porvenir, la felicidad de la familia depende de la educación que darán á sus hijos. Por esto, á pesar de lo muchísimo que se ha publicado sobre educación, saludamos siempre con alegría la aparición de una obra nueva que enseñe á educar bien. Nuestro mayor anhelo es que nunca los católicos dejen de ocupar la gloriosa extrema vanguardia á que marchan hoy en el ejército de la enseñanza. Serán temerarios los padres que, sin estudios previos, sueñen en improvisarse educadores. Para llegar á serlo, y buenos, creemos excelente la lectura meditada de la notabilísima obrita de l'Abbé Le Camus, que es práctica, sencilla y completa.—M. C. G.

LAS MISIONES CATÓLICAS dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

SEGUNDO TRIMESTRE

	Ptas.	Cts.
Suma anterior:	9	
Para las, en la actualidad y por efecto de la revolución china, tan necesitadas Misiones del Sianfu (Shensi septentrional-China).		
(Rdo. P. Fr. José M.ª Iruarrizaga, O. F. M.).		
Mazarrón.—Rdo. D. Ginés Morales, Pbro.....	100	
Para las Misiones más necesitadas		
Mazarrón.—Rdo. D. Ginés Morales, Pbro.....	50	
Valencia.—D. Antonio Hernández.....	16	50
Total:	175	50

Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.—1912